

R. 40564

# DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

# REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

SR. D. EMILIO CASTELAR

EL DIA 25 DE ABRIL DE 1880



MADRID

—  
IMPRESA DE J. GARCÍA Á CARGO DE J. PEÑA  
Costanilla de los Ángeles, 3  
1880

DISCURSO

DEL

SR. D. EMILIO CASTELAR

SEÑORES ACADÉMICOS:

Llamado á compartir las tareas y los honores de vuestro instituto, en dias ya lejanos, retardé adrede este instante, á ver si tiempo y trabajo de consuno me granjeaban algunos títulos, justificativos de vuestra eleccion y de mi atrevimiento. Mas, desesperanzado ya de conseguir por mis méritos gracia debida á vuestra bondad, tócame tan sólo expresaros mi agradecimiento y deciros cómo alienta mi palabra la persuasion de haber arrancado este lauro, ántes á vuestro cariñoso afecto, que á vuestro frio juicio. Sucedo, en silla ilustrada por Navarrete, á un sábio, que así poseía las ciencias de la naturaleza como las artes de la palabra; y si puedo sucederle, no puedo en manera alguna sustituirle, aumentándose con estos contrastes entre su competencia y mi incompetencia, al par de toda la pobreza de mis calidades todo el poder de vuestra magnanimidad, mucho más propia para obligarme que lo hubiera podido ser vuestra justicia.

Consagrado desde mis mocedades, en periódicos y libros, en tribunas y cátedras, á servir, entre nosotros, la vida del espíritu moderno, creo correspondiente con la solemnidad de este acto, el convertir vuestra atencion hácia los conceptos fundamentales de nuestra edad, demostrando la poesía en ellos contenida, cuyo vigor promete aspectos nuevos al arte, como los dió en tanto número á la ciencia, así que pasen de

X

las regiones donde brilla la luz de las ideas á las regiones donde arde el calor del sentimiento y de la vida.

Difícil tarea ciertamente acreditar de poética una edad, notada de prosáica por sus achaques políticos y sus tendencias á la economía y á la industria. Valor he menester para confrontar las barbacas de feudal castillo, con los hilos de industrioso telégrafo; y el campo de los torneos donde alardean los caballeros y piafan los caballos y relucen las armas y luchan las fuerzas y braman las muchedumbres y ondean las divisas y sonrien las damas, con esos almacenes de nuestras exposiciones universales, donde silban las máquinas y hierven las calderas y giran las ruedas, sosteniendo porfías del trabajo, más útiles, pero no más hermosas, que los cruentos empeños de la guerra. Conozco la dificultad en toda su extension, y la acometo con todo mi ánimo, lastimado sólo de que no plegue al cielo darme fuerzas bastantes á sostener la verdad de mi tesis y á medir la altura de mi siglo.

Al mentar el espíritu de este nuestro tiempo, ¿mentamos esencia real, ó mera abstraccion? Preguntas de este linaje asoman á las mientes, no ya tratándose de tal ó cual determinacion del espíritu, sinó tratándose del espíritu humano en sí mismo. Que sentimientos é ideas se refieren á impalpable é invisible unidad interior, en la cual residen todas nuestras facultades intelectuales y morales, así las energías del albedrío como los pensamientos de la razon y los juicios de la conciencia, principio evidentísimo por toda nuestra naturaleza revelado y sólo contradicho en escuelas incompletas, que ponen el humano criterio en la falacia y grosería del sentido. Todo cuanto tiene contenido infinito no puede caber en la reducida experiencia, sinó en otro infinito, en la idea. Mas la sencilla observacion demuestra que ideas y sentimientos y voluntades se modifican profundamente en el tiempo y en el espacio, al influjo del hogar, del lenguaje, de las relaciones múltiples que completan y dilatan á una nuestra vida. Existe, pues, el espíritu de un siglo como existe el espíritu de un pueblo: que perdurables el sentir, el pensar y el querer, cam-

bian por las leyes de la variedad sus modos de ser al movimiento de los sucesos y al poder de las transformaciones.

Renuévanse en el cuerpo humano de tal suerte los átomos, que toda nuestra sustancia varía en el discurso de brevísimos periodos, como en el cuerpo social se renuevan de tal suerte las ideas, que cada cincuenta años unas generaciones maldicen de otras generaciones, á veces con notoria injusticia. Nada inmóvil bajo el cielo. Esa China ideada inerte por la inocencia y la ignorancia de la antigua historia, hoy aparece á nuestra crítica con irrupciones, con dolores, con guerras religiosas, con feudalismo y monarquía, con sacudimientos periódicos, con tumultos plebeyos, con los mismos huracanes que han trastornado nuestra atmósfera y los mismos terremotos que han subvertido nuestro suelo. Si cada siglo no tiene su espíritu propio, su unidad de pensamiento, explicadme por qué los estóicos perseguidos, acosados, proscritos en el siglo primero, reinan con verdadera soberanía en el siglo segundo, é infunden su ciencia así al imperio como al derecho romano; explicadme por qué á la idea de la unidad imperial, que dura tanto tiempo, sucede á fines del tercer siglo aquella tendencia invencible á divertir las fuerzas, á separar las regiones, á extender las tribus, á erigir ciudades frente á ciudades y pueblos frente á pueblos, tendencias precursoras de la anarquía germánica; explicadme por qué, despues de haber subido toda la esencia del paganismo á la cabeza de un sólo hombre que reabre los templos y reanima los oráculos, la idea nueva se apodera de otro hombre que arranca el tirso violentamente á las manos de los sacerdotes y la corona á las sienes de los senadores, para compelerlos á hincarse, mal de su grado, ante la cruz que vencía al eterno capitolio; explicadme por qué, allá en la octava centuria, papas, reyes, príncipes, señores, guerreros, corren á refugiarse en el régimen carlovingio, como si la Roma imperial resucitara, y cuarenta años más tarde, el Océano aborta la raza normanda y el suelo produce las lanzas feudales que van á sustituir la unidad con el caos; explicadme, en fin, por qué pasamos de los terrores

del año mil, á cuyo pavor nos confundíamos con las tétricas figuras bizantinas de nuestras iglesias románicas, al empuje de las cruzadas, movidas de una ciega confianza en la victoria, y por qué desde los reyes bienaventurados del siglo décimo-tercio, como San Luis, San Fernando, caemos en los reyes crueles del siglo décimo-cuarto, como los Pedros de Castilla, de Aragon, de Portugal; por qué las empresas hácia el Oriente en pos del sepulcro de Cristo se truecan en las empresas hácia el Occidente en pos de la cuna de la libertad; por qué, al abrirse la era moderna y renacer el arte, coincide con la muerte de Grecia en la toma de Constantinopla, la resurreccion de la estátua griega en su sepulcro de Italia, que nos dá la forma humana perfecta; y los viajes de aquel que descubre el nuevo paraíso terrenal, y las revelaciones del sábio que fija el foco de las elipses planetarias en nuestro sol coinciden con la palabra del profeta que levanta sobre las supersticiones religiosas el eterno lumínar de nuestra conciencia. Hay ciertamente un espíritu de cada edad como hay un espíritu de cada pueblo.

De todo lo cognoscible por nuestro entendimiento, se desprende como una esencia misteriosa la idea. Y toda idea vive y crece por una ley real, la lógica. De consiguiente existen conceptos fundamentales de todas las cosas en la razon de nuestra alma y en la razon de nuestro siglo. La parte corpórea nuestra se compone de una série de órganos que forman á su vez un organismo; y la parte incorpórea de otra série de facultades que forman á su vez un sistema. Por las raices del organismo tocamos en la materia, como el último de los vegetales; y por las ideas infinitas tocamos en el em-píreo, como el primero de los arquetipos. Nacemos de la naturaleza, entre lágrimas y sangre, como los más humildes mamíferos que hayan habitado nuestros apriscos ó nuestros establos; y vamos á la eternidad como el más hermoso de los ángeles que haya podido recoger en sus lábios el verbo creador ó infundir el aliento divino á los mundos fatigados en sus eternas parábolas. Esclavos de la muerte, la celeste increa-

da luz que sobre nosotros cae al nacer, nos aviva para la inmortalidad. El mal brota de la limitacion y el bien de la infinidad de nuestro contradictorio sér, pareciéndonos á las plantas que en las tinieblas exhalan el gas de la muerte, y en cuanto las besan los primeros albores de la aurora, el oxígeno de la vida. Lloramos lágrimas amargas como las aguas del Océano; pero, como las aguas del Océano tambien, se endulzan al evaporarse en el cielo, para luego caer en bienhechor rocío, sobre nuestra abrasada frente. Entre lo finito y lo infinito se eleva, á través de la naturaleza y sus múltiples séres, de la sociedad y sus estados, del arte y sus inspiraciones, de la religion y sus dogmas, de la ciencia y sus verdades, el espíritu humano en busca del Sér eterno y absoluto, realidad de todos los puros ideales, elevado en las cimas del universo y difundido por todas las creaciones.

Pues bien, yo declaro que en los conceptos fundamentales de nuestro tiempo, respecto á la naturaleza que nos rodea, y á la sociedad que nos educa, y al estado que nos gobierna, y al espacio infinito donde todas las cosas se contienen, y al tiempo eterno donde todos los hechos se suceden, y á los horizontes celestes de cuyos arreboles baja sobre nuestra alma la inspiracion, y á las verdades científicas sin las cuales apareceria lo creado y lo increado como esos geroglíficos que no han tenido intérprete, y á las mismas inefables comunicaciones entre lo finito y lo infinito; en todos estos conceptos de la razon y en todas las realidades várias de ellos provinientes, se encierra harta materia para obras poéticas y artísticas sin cuento, como en aquellas canteras del Penthelico, doradas por el sol de Atica, donde los helenos tallaban el mármol para las armoniosas estátuas de sus dioses. Y cuenta que no creo el arte copia de la naturaleza, remedo servil de la realidad, sinó lo ideal en la esencia. Para mí el artista penetra de una ojeada con la intuicion donde no pueden penetrar los sábios con el raciocinio; esparce inspiraciones, que contienen la eterna revelacion de la hermosura; crea espontáneamente obras várias á guisa de esas fuerzas naturales que ciñen de

nieves las montañas y de lirios los valles; obedece á su interior vocacion, cual á un mandato divino, y es absolutamente libre; dá leyes y no conoce ninguna; reúne á la actividad dirigida por la conciencia otra actividad ciega y sin conciencia, en cuyos misterios se ha creído encontrar ya un génio angelical ó ya un protervo demonio; extrae de todas las cosas su esencia; y siente en sus nervios, agitados como un arpa eólica, la chispa eléctrica, ántes que haya estallado por los aires, y en su corazón, abierto á todos los afectos, el choque de los dolores sociales ántes que los haya sufrido la misma humanidad, y en su mente, agitada por la creación continua, pensamientos todavía no nacidos en la mente universal, y en su cráneo el peso de la nube aún no condensada en la atmósfera; consumiéndose en sus propias llamas, destrozándose en el parto de sus criaturas, muriendo de su inmortalidad; henchido de adivinaciones y de presentimientos que lo martirizan, como destinado á levantar el universo moral, muy superior al material, por obra del espíritu; pues ninguna mariposa ha tenido en sus alas y ninguna flor en su corola paletas como la paleta de donde surgiera la Transfiguración ó el Pasma; ningún ruiseñor en su garganta y ningún arroyo en sus susurros melodías como las melodías escapadas de las liras del músico y de las arpas del profeta; ningún mar en sus fosforescencias y ningún cielo en sus estrellas resplandores como el resplandor de la humana conciencia cargada de eternas y luminosas ideas.

Lo ideal, sentido con profundidad y expresado con belleza, hé ahí el arte. En su éther se transfigura hasta el universo material. La naturaleza sería, pues, como un templo sin sacerdotes ó como un geroglífico sin descifradores é intérpretes, si no la comprendiera el pensamiento, y no la iluminara la poesía. Los adelantos científicos, léjos de dañar al aspecto poético de nuestro cielo, señores, lo han desmesuradamente engrandecido y abrillantado. Así como la concepción alejandrina del sistema planetario, dominante hasta los últimos tiempos, vence en poesía á la concepción asiática que imagi-



naba la tierra sostenida por el lomo de un elefante mantenido á su vez sobre la concha de una tortuga; supera á todas las creencias cósmicas nuestra creencia que considera el mundo terrestre como un astro, parte de esa inmensa nebulosa llamada via-láctea; esferóide lanzado á los espacios de lo infinito por la atracción, arrastrado eternamente hácia el sol, sujeto á sus dos movimientos diurno y anual que le obligan á describir en el cielo parábolas eternas, seguido de su luna pálida como la muerte y triste como el amor, componiendo sidéreo coro, en el cual recibe ósculos de fuego, rayos de luz, corrientes de electricidad, arreboles de iris; como para formar con la combinación de todos estos presentes celestes, á modo de corona boreal, una guirnalda de encantadora poesía. La belleza del arte antiguo consiste en personificar por medio de tipos las transformaciones á que la vida está sujeta en el movimiento universal. La Dafne, que esquiva el sol y busca el río, transformada en la adelfa de nuestros torrentes; las hermanas de Faeton el audaz, convertidas en olmos henchidos de esa goma semejante al ámbar con que se adornaban las mujeres del Lacio; la hermosa Leucothea, nacida bajo el cielo de Hesperia, en cuyo rocío se abrevan los caballos que lanzan de sus crines el día, trocada en el amarillo tallo que brota al través de las tierras sepulcrales; los marinos irrespetuosos hasta alejar de Naxos al Dios de la alegría transformados en esos delfines, que siguen las estelas de las naves y juegan entre las espumas de las ondas; todas estas metamorfosis me mueven á pensar cuántas bellísimas leyendas no libarán los tiempos por venir en nuestras ideas sobre la circulación de la vida, las cuales nos muestran como las plantas son otros tantos laboratorios alquímicos, destinados á transformar la materia inorgánica, convirtiendo el ázoe de los estiércoles y el amoniaco de las lluvias, en las flores donde van á pintar las mariposas sus alas y á beber su miel las abejas, así como nuestros cuerpos recipientes, los cuales por la absorción, por la respiración, por la nutrición, por la asimilación, convierten el fósforo de los fuegos fátuos

en masa cerebral y el hierro de las minas en rojos glóbulos sanguíneos y la cal de los caminos en calcáreos huesos y la aurora venida de improviso á enrojecer nuestras noches, en corrientes magnéticas, cuya virtud mueve los humanos nérvios como el plectro la cítara y nos trae el presente de la vida celeste para penetrarnos de nuestra relacion estrechísima con todo el Universo.

No puede dudarse; á medida que la idea de la naturaleza crece en la inteligencia, el sentimiento de la naturaleza crece á su vez en el corazon; y á medida que el sentimiento de la naturaleza crece en el corazon, la poesía de la naturaleza crece en las imaginaciones. El mundo asiático hacia del animal como el dios de sus altares, como el símbolo de sus artes, como el protagonista de sus poemas; y era explicable tal achaque, dada la pesadumbre de aquella materia, en cuyos senos se absorbía y disipaba la infinidad del alma humana. Para que el hombre rompiera su consustancialidad con el mundo, necesitóse una distincion radicalísima entre el Eterno y su obra; aquella distincion, realizada en los desiertos, al pié del Sinai, sobre la terrosa Palestina. Mas, luego, así como el mundo oriental desvaneciera el hombre en la naturaleza, el mundo greco-romano personificó la naturaleza en el hombre. Cada Dios encarnó una fase de la vida universal, individualizándola. Contra tamaña apoteosis del hombre, por virtud de esas sucesiones de accion y de reaccion, que reinan en la historia, sobreviene el misticismo de la Edad Media, desvaneciendo nuevamente las criaturas, no en la naturaleza, en la Iglesia. Y por nueva reaccion, el Renacimiento diviniza la forma humana, si no en los cielos de la teogonía, en los cielos del arte. Y la naturaleza vuelve á desaparecer, absorbida por el hombre, como en los tiempos helénicos. Ninguna de las formas bellas, que para expresar la idea existen, señala, como la estatua aislada, esa victoria de nuestra persona libre sobre el mundo que la rodea. Así, las figuras de Miguel Angel se destacan, áun las no entalladas y esculpidas, las pintadas mismas, en espacios vacíos.

Así el universo de Ariosto no es natural, sinó mágico; diríase que obra de embrujamientos y hechizos. Así, en las ruinas de Roma y en el campo romano, donde las ideas pelearon como ángeles apocalípticos, y por tanto, surgió siempre lo sublime, como el vapor natural á las frias cenizas, el socarron de Rabelais solamente echó de ver que se cogian frescas y sabrosas lechugas. Montaigne, de la prosapia de los claros ingenios, aconseja la soledad para esparcimiento del ánimo, no en bosque ó selva, como haria René, sinó en vulgar trastienda, y, á lo sumo, en ágil partida de caza. Entonces podia pasar un viajero ilustre junto á la catarata del Rhin, objeto hoy de tantas peregrinaciones, sin notar otra cosa que el fragor de sus despeñados caudales. Entonces el bosque de Armida componíase de árboles, que ostentaban por troncos humanos troncos; afeites bien impropios, que quitan su naturalidad á la misma naturaleza, convirtiéndola en artificiosa y contrahecha. Entonces menudeaban pastoriles novelas, regocijo de nuestros progenitores y enojo de sus nietos, más pagados de la verdad natural que de sobrepuestas engañifas.

Digámoslo muy claro y muy alto en honor nuestro. El génio ibero despertó el sentimiento de la naturaleza oscurecido por encontradas nubes. Las naves lusitanas hallaron el ya olvidado extremo Oriente, las naves españolas el desconocido extremo Occidente, y con la aparicion del Asia, despertada en su sepulcro, y la aparicion de América, sorprendida en su perfumada cuna, volvióse la tierra verdadera más hermosa que si fuese fingida por la más exaltada fantasía. En mares no surcados y ricos de madre-perlas; en costas no exploradas y cubiertas de bosques olorosos y henchidas de oro y plata; á la vista de cordilleras donde los volcanes se mezclan con los ventisqueros y las lavas con los aludes; sobre la corriente de rios descendidos de ignotos manantiales y esmaltados de extraña vegetacion acuática, cuyas ramas y raices, entrelazándose, forman y desprenden islas de tales flores y aves que las creeriais jardines bajados del paraíso

sin mancha para restituir su primera vivienda al hombre sin pecado; en aquella renovacion del universo, nuestros navegantes, nuestros descubridores, nuestros misioneros debian ver la naturaleza como Adan, al despertarse á la vida, la retrataba immaculada en el espejo de su conciencia. Por un lado las descripciones de los descubridores y por otro lado las estancias del nuevo Homero de la navegacion, de Camoens, avivaron el amor á la creacion. Yo atribuyo, quizá sin fundamento, la poesía naturalista de los dos inmortales creadores de Galatea y de Titania, poesía excepcional en su tiempo, á haber ambos á dos bañado sus almas en estas corrientes saludables venidas á Europa desde Asia y América. Mas, reconociendo tal mérito á dos génios culminantes, declaro que el modo propio de sentir la naturaleza en nuestro tiempo nació allá en el siglo de la revolucion y de la crítica, nació en el siglo décimo-octavo. Cayéndose á pedazos la sociedad antigua, demolida por los excesos de los opresores y el derecho de los oprimidos, buscó el espíritu la libertad en el seno de la creacion. Poco artista aquel siglo, achaque propio de todos los siglos muy combatientes, huía las catedrales góticas impregnadas con el incienso de las antiguas creencias, y se lanzaba de un salto á los mares de la nueva vida y á los horizontes de la nueva idea. Y el mismo que encontró en una ciudad helvética materiales políticos para avivar la futura sociedad, encontró en las celestes aguas del Lemán, á orillas de aquel Ródano, que parece, al deslizarse por las calles de Ginebra, como una disolucion de esmeraldas jaspeadas de ópalos; al frente de aquellos Alpes con sus cresterias de nieves en las cimas y sus selvas de melezos en las faldas; por aquellos paisajes donde la gracia se hermana con la grandeza, el sentimiento que completa los anhelos por la libertad, el amor á la naturaleza. Y por coincidencias históricas, en los mismos dias en que el sentimiento de la naturaleza se exaltaba en Europa, la idea de libertad vencía en América. Imposible medir cómo han trascendido los viajes de Europa á América y de América á Europa en la ciencia y en el arte. Cuenta

Navarrete que, al dejar las Azores nuestras carabelas, maravillado Colon de no encontrar las islas fijadas en el mapa de Toscanelli que le guiaba, quiso dirigirse al Este, en cuyo caso hubiera abordado á las costas de Virginia, y Pinzon lo disuadió, impulsándolo hácia el sud-oeste, advertido por bandada de papagayos que atisbára y cuyo vuelo cambió los destinos históricos de todo un continente. ¿Qué no decir de aquellos viajes del primer enviado desde el Nuevo al Viejo Mundo, de Franklin, el cual, no solamente ostentaba en sus sienes la corona de sus libertades sinó blandía en sus manos el rayo de los cielos? ¡Ah! Los descendientes de los antiguos cruzados ceñíanse su espada caballeresca para esgrimirla en América; y dos reyes, Luis XVI de Francia y Cárlos III de España, los enviaban allende los mares y los sostenían en su empresa. América, venida á la vida histórica por una revelacion de la naturaleza, entraba en la libertad moderna por una victoria sobre la naturaleza. Y las imaginaciones exaltadas y los corazones sensibles movíanse al arte, á la elocuencia, á las letras, agitados por estos grandiosos espectáculos de la vida física y de la vida moral, agigantándose así los conceptos fundamentales del universo como los conceptos fundamentales de la sociedad.

¡Cuántas bellas obras se han producido al calor de estos sentimientos y de estas ideas en nuestra centuria! Acordaos de aquel breton, nacido al pié de los dolmenes celtas y de las encinas empapadas en el vapor de los sacrificios, que despues de evocar las musas cuyas inspiraciones infundieran oráculos en la trípode de oro á las pitonisas de Delfos, arrullos en el nido de laureles á las palomas de Donona; cuelga su profana lira de cristiano altar, y caballero de las antiguas instituciones al par que poeta de las nuevas libertades, enamorado por propio impulso de los ideales modernos y por aristocrática educacion de los ideales antiguos, incierto entre dos siglos, sin atreverse á mirar ni el ocaso ni el oriente de las dos edades que batallan en su presencia, náufrago de la mayor tormenta revolucionaria que han visto los tiempos,

arriba al suelo de América, cual Edipo al valle de la Colonna, buscando la paz en aquella naturaleza exhuberante, sentida y descrita por magistral manera; y allí representa, como en escenario apropiado á su grandeza, la exhuberancia de su fantasía tempestuosa, los dolores sin tregua y las dudas sin salida, diferenciándose de los primeros que vinieron y adoraron á América, como se diferencian del sencillo idilio la trágica hermosura de la culpa. Y para que poseamos todos los tonos de la inspiracion naturalista, poseemos tambien la más cándida de las églogas. ¡Quién no habrá llorado, leyendo los amores de aquellos dos séres aparecidos al abrigo de las montañas que los palmitos coronan; criados en las sendas chozas que los negros sirven; confundidos en su pasion hasta vivir de una misma vida, la cual se absorbe en la naturaleza de tal suerte que miden el dia por la sombra de los bosques, y las estaciones por la madurez de los frutos, y la alborada por los gritos de los gallos, y las noches por las hojas del tamarindo, y los años por las cortezas de los troncos, y las estaturas por la copa de los arbustos, como si al borde de los torrentes que se precipitan rápidos entre los bambúes, bajo los plátanos y los cocoteros que se entrelazan por las cadenas de las enredaderas cargadas de rojas y gualdas flores, aquella jóven pareja fuese, como el alma partida en dos, de las virgíneas selvas! Y al lado de estas obras podemos poner, seguros de aventajarlas, modelos de poesía naturalista en castellano, así las odas del que cantó la inmensidad del mar en el Norte y la aplicacion de la vacuna á América, como las silvas del que escribió el libro de la Agricultura de la zona tórrida, en cuyas estancias, vemos con toda verdad el condor que vuela sobre los nopales y el cucuí que brilla entre las pasifloras; los bellones del algodón y los cactus de la múrice; los colores del añil y las almendras del cacao; las hojas del plátano y del tabaco; las florestas y los vergeles donde compiten la copia de las flores con la copia de los frutos; el pan de la zuca y la fecundidad del banano; la placidez del jornalero que cultiva sus campos de

café á la sombra de los bucares y la audacia del explorador que, entrando con su hacha al hombro y su tea en la mano por las selvas, derriba con estrépito el ceibo secular que ha abrigado las aves en sus ramas, las fieras en sus troncos, abrasa el limo donde viven tantas generaciones de múltiples séres, y con el furor del incendio y del combate abre nuevos senos á las creadoras virtudes del trabajo.

Si unos poetas expresan el sentimiento, otros la ciencia de la naturaleza. Entre estos segundos, ninguno como aquel germano, á quien llamaremos eternamente oráculo de la creacion allá en los templos del arte. Los primeros movimientos de su ánimo le llevaron al misticismo y le unieron á la fé de su raza. Mas, las revelaciones de la electricidad, tan sorprendentes al terminarse la última centuria, y en las cuales sentíase latir como el alma al mundo, arrastraron su inspiracion á sumergirse en el éther de la vida universal. Bien pronto su poesía tomó aires de sibila, escuchando con atencion y repitiendo con fidelidad el himno compuesto por todas las cosas, desde la abeja en sus colmenas hasta el lumínar en sus elipses. Suelos y mares, tierras y soles cantaban cíclico poema, guardado tan sólo para este evangelista de la realidad, cuya pluma de águila trazaba el Apocalipsis de las transformaciones reales. Su pensamiento, sereno como la inmensidad y sintético como la ley, descubria en el abismo de los abismos cerúleos, por esencia de lo creado, la luz increada, y por revelacion de esa esencia, la forma en combinaciones interminables de mágica hermosura. Su sed de esa luz cuasi-espiritual y su culto á esa forma cuasi-pagana le condujeron á Italia, y como le tentaron á evocar los dioses de la naturaleza en las playas de las sirenas. Inútilmente los monasterios, todavía poblados, murmuraban la oracion de la penitencia en sus oidos; enamorado de la antigüedad, perdíase en los campos, preguntando á las encinas y las hayas virgilianas por los fáunos desaparecidos, y á las cavernas del Pausilipo y del Tíber por las ninfas muertas. En sus viajes llevaba delante de sí, cual un sacerdote de Olimpia, la

efigie en mármol phentélico del Júpiter Olímpico. Y cuando la ciencia creía erigir el Universo sobre las abstracciones del pensamiento, abismábase su observacion profundísima en la universalidad de los séres. Y encontraba en lo que podíamos llamar parte externa de esa universalidad luz y forma, como en lo que podíamos llamar interna unidad y variedad. De aquí sus metamorfóseos, revelando que del cotiledon se originan todas las flores y de la vértebra todos los vertebrados, como de la línea todos los cuadros y del número todos los logaritmos. Unidad y variedad, luz y forma, materia y movimiento; hé aquí los ritmos de los eternos salmos entonados á ciegas por los séres sin conciencia y comprendidos y deletreados en la conciencia universal. Corolas y lunas, gorgeos y vuelos, el vapor de un valle y la elipse de un satélite van buscando en la inmensidad, no solamente la luz que los esclarece, sinó tambien la idea que los interpreta. La concepcion mecánica del mundo y sus combinaciones de átomos ceden por completo ante la concepcion dinámica que explica como el calor de la vida corre desde la tosquedad del fugaz aereolito confinante con la nada hasta el micróscomos del humano cerebro confinante con lo absoluto. Hay energías en las fuerzas, motores en el movimiento, esencias en las cosas, que van tegiendo con hilos misteriosos la urdimbre de la vida en lo infinito. Así, nada tan necesario como asomarse á ver el fondo de las cosas. El dia que la mágia perdió su prestigio, no fué el dia en que ardiera el fuego robado al cielo en las manos de Prometheo, sinó el dia en que ardiera la idea libre, luz de la luz, en él. La savia que circula por el campo y que hincha las yemas de los árboles golpeaba con fuerza en el pulso de aquel poeta y en sus olímpicas sienes. Y todos sus esfuerzos se dirigian á expulsar de lo creado la mágia embustera, sustituyéndola con el resplandor poético de la verdad natural. Era como un gran dibujante, que copiara con su lápiz las formas y como un gran músico que anotara en el pentágrama los ecos de la naturaleza. Anegábase en la sustancia de donde brota la vida, como la



esponja en el mar; perdiase en el movimiento eterno como el nadador en las corrientes; indagaba á guisa de naturalista el tipo fundamental de las especies y á guisa de poeta se embebecia en la contemplacion de las formas; miraba las esencias en sí como un filósofo platónico y luego las personificaba y deificaba como un escultor griego; y elevaba á culto su amor á esa alma madre, que nos mece desde el nacer en sus brazos y nos entierra y nos devora en sus entrañas; que habla como una pitonisa y guarda sus secretos y sus misterios como una religion; que produce los individuos, cual séres en sí, para encadenarlos luego á las especies; que todo lo cambia en los múltiples fenómenos y todo lo conserva en la perennidad de la esencia; que nos condena á batallar sin fin y nos regocija con amores sin término; que mata y produce todos los dias; extrayendo de las películas diseminadas, de las semillas invisibles, de las larvas frias, de las hojas secas, de la putrefaccion misma, de tantas sepulturas hacinadas, los enjambres sonoros, cuyos agujijones traen á nuestros lábios el licor dulcísimo de la vida. Así, la naturaleza no infundia en él esa contemplacion tranquila del mundo y sus vários espectáculos, tan próxima al candor de la égloga, sinó la inquieta curiosidad que quisiera asistir á la germinacion universal de los séres, beber en la copa donde se contiene la eterna sustancia, lactar los pechos ubérrimos á cuyos pezones se alimenta toda nutricion, ver las raices y ramificaciones de los organismos, encerrar en la mente los tipos de todas las criaturas y las matemáticas de todas las esferas como en el corazon una llamarada de ese amor que renueva las especies y una gota de esa esencia que se dilata desde las cavernas á los cielos, encendiendo y animando toda la creacion.

Bien es verdad que las nuevas ciencias y los nuevos instrumentos científicos han dado á los horizontes de la poesia moderna desmesurada extension. Lo mismo el telescopio, revelándonos astros, cuya luz tarda siglos de siglos en llegar á nuestros lentes y á nuestras retinas, que el microscopio, di-

ciéndonos los innumerables séres contenidos en lo infinitamente pequeño, han prestado á la vida fuerza y variedad no sospechadas en otros días y por otras generaciones. La ciencia más moderna, la geología, ciencia originaria de nuestra edad, ha aumentado la grandeza de la tierra en términos que pasman al entendimiento y cansan á la admiracion. El autor del poema la Creacion lo ha dicho. Los séres fantásticos nacidos de la poesía antigua, los titanes engendrados en las cavernas, de respiracion hirviente cual los cráteres, y de fuerzas devastadoras cual las erupciones; salteadores de los cielos á guisa de las humaredas y las nubes volcánicas; los gigantes heridos por los rayos de la ira divina en el Osa, en el Pelion, en el Cáucaso y condenados á sacudir el suelo con los estremecimientos de los terremotos; los mónstruos de cien brazos, eternos forjadores del hierro en sus fraguas tonantes y conjurados enemigos del Olimpo; las gorgonas en sus tinieblas; los centauros abrillantados por el rocío; los tritones con crines de espumas y colas de trombas; los cerberos llamados á recibir las sombras de los muertos y los endriagos y fantasmas de la Edad Media; todas las figuras descritas en las epopeyas y leyendas consagradas al origen de las cosas y á sus transformaciones eternas, jamás emularán, jamás, en grandeza las perspectivas abiertas por nuestra geología en la creacion terrestre, con sus montes, cuyas cúspides bañadas por los diluvios, se han tronchado, cual arbustos, al empuje de los huracanes eléctricos; y con sus moles graníticas esparcidas por tantas catástrofes, y en cuya comparacion parecen pigmeos los colosos caidos y los templos arruinados de Babilonia y de Menfis; y con sus desmesurados animales esculpidos é incrustados en las lápidas donde se deletrean las inscripciones reveladoras de las edades planetarias y se ven las esfinges guardadoras de los seculares secretos; y con sus paisajes, ora encendidos como océanos de éther y ora frios como océanos de hielo; y con sus mónstruos que tienen estatura de colina, y sus helechos que tienen estatura de árboles, y sus árboles que tienen estatura

de montañas, y sus mares calcáreos semejantes á levaduras de venideras tierras, y sus madréporas semejantes á gérmenes de vida orgánica: maravillosísimas fases de innumerable antigüedad, cuya sucesion compone cíclica epopeya, la cual empieza desde el punto en que nuestro globo se confundia con el sol, como el infusorio con la gota de agua, y continúa por las épocas en que iba nuestro globo al acaso contenido en esos cometas que vagan errantes, burlándose casi de la gravitacion universal, albores de astros por venir ó pavesas de astros ya extinguidos; y concluye cuando los agentes ígneos y acuosos, con hercúleos trabajos, producen ya los cristales, ya los pórfidos, ya las rocas neptúnicas, ya aquellas compuestas por restos y petrificaciones de especies animales y vegetales completamente desaparecidas, hasta llegar á la hora de paz y de armonía, en que los continentes se han dibujado en sus límites, y los mares se han recluido en sus lechos, y la atmósfera se ha descargado de sus vapores y de sus tinieblas, para que en la cima del organismo, alimentado como la más lejana nebulosa por la universal combustion del oxígeno, brotase el humano cerebro como el espacio inmenso, en cuyos ojos, brillantes á guisa de bellas constelaciones, se reflejara la superior y progresiva vida del humano espíritu. La verdad es que la inspiración concluirá por encontrar tarde ó temprano el lado poético de todas estas grandezas.

Mostradle á cualquier persona vulgar, por ejemplo, una navegacion; y si suele ver á la continúa su curso, parecerá cosa liviana y de ninguna monta, como al oficial de taller los trebejos de su pintor ó al sacristan de amen los altares de su iglesia. Pero poned á Homero en medio de ese mismo espectáculo, y vereis cómo halla enseguida lo típico en lo individual, lo eterno en lo mudable, lo uno en lo vario; la astucia congénita al mareante en Ulises; la fidelidad conyugal, más indispensable en la vida marítima que en la vida ordinaria, por las largas separaciones, en Penélope; la natural invocacion á las fuerzas sobrenaturales en los sacrificios consagra-

dos á Neptuno antes de zarpar; la fortuna, acorriendo al naufrago y salvándolo del naufragio, en Ino; las playas amigas y hospitalarias en Nansicáa; las playas bravías é inhospitalarias en Polifemo; los innumerables lazos tendidos por las ondas á los marinos en las seductoras sirenas, coronadas de algas y de espumas; los escollos de hermoso aspecto y de traidoras celadas en la mágica Circe; y el trabajo marítimo se hermostrará en la poesía, como puede hermostrar un verdadero ingenio todas nuestras invenciones; la reluciente punta de platino en comunicacion con cadena, cuyos eslabones entierran en los abismos del planeta los rayos engendrados en los abismos del cielo; el globo aereostático ascendido á las alturas como para dar al hombre alas semejantes á las del águila y alzarlo donde no se alcan las más voladoras aves; la redomilla encantada, guardando líquido metal, sensible, á manera de aterciopelado pétalo, á los amorosos besos del calor; la fuerza contenida en las nieblas, en los vapores levantados por la aurora entre las florestas y los valles, fuerza tan ténue á primera vista, capaz de vencer las olas y los huracanes suprimiendo las distancias y arrastrando en pos de sí naves y carros, conducidos, como aquellos de las divinidades antiguas, por majestuosas nubes; la retorta, donde se encuentra algo vencedor del oro, llamas en el agua, esencias en el aire, elementos en los antiguos elementos; la chispa portadora de una virtud plástica tal que esculpe como los cinceles de Fidias; el resplandor dotado de tal mágica pictórica que retrata como los pinceles de Velazquez; la corriente eléctrica condensada en caja mágica, despidiendo centellas que culebrea por nuestros nervios y penetran por los duros metales, y avivan á los muertos, y mueven lo inerte, cual si tuviesen el don de los milagros; el gas que mantiene el rescoldo de la vida en lo infinito y pinta las hojas de la flor sobre sus tallos; el lente que penetra en lo invisible hasta descubrir los corpúsculos animados dentro de una gota de sangre y el espectro solar que, aprisionando la luz de Sirio, nos muestra por los colores y los matices de sus iris la existen-

cia allí de nuestros mismos elementos y la unidad cósmica de la materia creada correspondiente á la unidad divina del Criador.

La creacion universal no acaba, señores, al aparecer la más perfecta de las criaturas, el hombre. Entonces puede asegurarse que comienza, uniéndose las fuerzas de la naturaleza con las fuerzas del trabajo. Nacemos sujetos á dos combates; al combate con los séres inferiores y al combate con nuestros semejantes. Llamamos á éste guerra, y trabajo á aquél. Por una de esas contradicciones, en nuestra naturaleza frecuentes, la poesía ha cantado con preferencia al trabajo que vivifica la guerra que mata. Mayor fama cabe á Cain por sus crímenes que por sus siembras. Y las obras de arte inmortales deben su inmortalidad tanto al mérito que pone en ellas el artífice como á la idea que pone el tiempo, pues individuales por su origen, tambien son por su carácter eminentemente colectivas y sociales. La Iliada contiene en sus hexámetros la primera guerra entre Asia y Grecia; la Enéida habla al pueblo romano de la fundacion de Roma; la Divina Comedia compendia, compendiando los dogmas, la vida llena de remordimientos y de penas en los infernos de su siglo; las Luisiadas repiten los cánticos divinos inspirados por la alegría que embargaba al hombre en los albores de la historia moderna, al ver poblarse los mares de tierras aromadas y al sentir difundirse por sus venas la sávia exuberante de nueva vida, la cual, ingerta en nosotros, alejaba los recuerdos de la primera culpa y desvanecía los temores al eterno castigo. Si cada edad posee una epopeya, tócanos á nosotros la epopeya humana por excelencia, la epopeya del trabajo. El libro de los españoles será siempre el Quijote, y el libro de los ingleses, el Robinson. Dos ingenios, desiguales en mérito, pero iguales en desdichas, los han escrito. El uno, como buen español, ha perdido su mano izquierda en las guerras religiosas, y el otro como buen inglés ha perdido su oreja derecha en las guerras políticas. Estudiante en Alcalá, sopista en Salamanca, doméstico de cardenales en Roma,

soldado de tercios en Lombardía, héroe de esfuerzo en Lepanto, enfermo de gravedad en Mesina, combatiente en las costas de África y en las costas de Grecia, cautivo en las mazmorras de Argel, forzado en las galeras de Azan, oscuro vecino de Esquivias, proveedor en Sevilla, alcabalero en Granada, pretendiente en Valladolid, ha conocido su España como Foe, periodista, mercader, industrial, aduanero, soldado de Monmouth, preso en Newgate, empleado en Escocia; satírico, historiador, economista, presbiteriano, plebeyo, conspirador y conjurado, puesto en el rollo, herido del verdugo, conoce su Inglaterra. Sin duda, por tal conocimiento, el gran escritor español y el discreto escritor inglés nos han dado, cada cual con sus medios propios, sendos tipos de sus respectivas naciones. Recio de complexion, seco de carnes, enjuto de rostro, aguileño de nariz, largo de piernas, corto de génio, en su natural óptimo, en sus ensueños desatinado; el tipo español, es decir, el hidalgo de lanza en astillero, malbarataba hanegadas de sembradura por libros de caballería, dándose á leerlos en sus ratos de ocio, los más del año, por tan extraña manía que, frisando ya en los cincuenta, pareciale necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, limpiar de moho las arrinconadas armas, coser á morrion simple celadas de papel, apercebir huesoso rocin, escoger por dama de sus pensamientos á fornida moza de vecino lugar; y blandiendo al aire su lanza, y embrazando al pecho su adarga, salir por la puerta falsa de un corral tras aventuras que le procuráran ocasiones de enderezar entuertos, desfacer agravios, desencantar dueñas, reñir con follones y malandrines, hender gigantes, sin más deseo que grangearse fama eterna en renombradas historias, ni más fin que servir al desgraciado en continuas hazañas; para todo lo cual se llevó consigo por escudero á socarron labrador, de poca sal en la mollera y mucho apetito en el estómago, dispuesto á ganar en cualquier quitame allá esas pajas, alguna ínsula donde le dejasen de gobernador: retratos parecidísimos á esta nacion idealista, amiga de la guerra

y enemiga del trabajo, enamorada de ideal ya extinguido en la conciencia humana, resuelta á resucitar la Edad Media en plena Edad Moderna, sufriendo toda suerte de desastres por sus empeños imposibles y sus combates fabulosos, á pesar de la fortaleza de su brazo y de la energía de su ánimo, sin ventura aunque merecedora de alcanzarla, cuyos caballeros tenían por descanso pelear, y cuyos campesinos, de mejor sentido y más sabedores y expertos en las artes de la vida, sólo esperaban su medra, eternos pretendientes, de la córte y del gobierno; bien al revés de aquel Robinson, sin ningún ingenio y sin brillante palabra, sin los ardores de nuestra fantasía meridional ni los tesoros de nuestra riquísima elocuencia, lector de un solo libro, la Biblia, ojeada tres veces al día; y que eterno navegante, como los sajones y los normandos sus abuelos, boga sin descanso y naufraga sin remedio, salvándose por sus virtudes hereditarias, por la fuerza de voluntad y acogiéndose solitario á isla desierta, donde, ayudado de su buen sentido y de su industria, contando sólo consigo mismo, procúrase todos los instrumentos necesarios á sujetar, como los exploradores de los Estados-Unidos, como los puritanos de la flor de Mayo, como los navegantes de todas las zonas, como los mercaderes de todas las factorías, los horrores del clima con los esfuerzos del albedrío; y de esta suerte, deja en facturas prosáicas, en estadísticas llenas de números, en mostradores atestados de cuentas, el tipo más propio de nuestra edad, el trabajador libre y dominador de la materia bruta en la leyenda más digna de nuestro siglo, en la leyenda del trabajo. Pues si el gran escritor español y el discretísimo escritor inglés han dejado verdaderamente dos tipos, aquél de una edad que concluía en principios del siglo décimo-séptimo, y éste de una edad que comenzaba á principios del siglo décimo-octavo, ¿por qué nuestro tiempo no tendrá la Iliada del trabajo, como otros siglos han tenido la Iliada de la guerra, cantando las victorias sobre las resistencias ciegas de la fuerza, como otros siglos han cantado la victoria del hombre sobre el hombre? Esta poesía concluirá

por dominar, en cuanto amen los pueblos más á sus redentores que á sus tiranos. En las letras, emanadas de nuestras ideas, ántes brillará el desasosiego de Pitágoras al interpretar las inscripciones grabadas por las estrellas en los espacios, que el anhelo de Aquiles al arrastrar el cuerpo de Héctor en los campos de Troya, y ántes acudirán las imaginaciones, ansiosas de ideas, al banquete de los platónicos y á sus inmortales diálogos, que al banquete de los atridas y á sus repugnantes venganzas. Las batallas empeñadas por tantos guerreros en las toledanas vegas, no dejarán rastro cuando todavía busquen los ánimos elevados el paredon moruno, á cuya sombra se escribieron las tablas de Alfonso décimo, y el prado y la fuente de cuyas esencias y de cuyos rumores brotaron las églogas de Garcilaso. Los guerreros más célebres del siglo décimo-tercio habrán desaparecido de la memoria universal, en tanto que la lira cantará las evocaciones de Lulio á las fuerzas ocultas de la razon humana. Como hoy se investiga por las ruinas del foro, entre el Coliseo y el Capitolio, la tierra donde cayera César envuelto en su sangrienta gloria, se buscará mañana el sitio donde puso Copérnico aquel anteojo, con cuyo auxilio observó el eclipse de luna que le condujera á inducir el movimiento de nuestro planeta. Por las piedras de la via Apia, por las colinas de los patricios y de los plebeyos, los sepulcros rotos han despedido de sí hasta las cenizas de los conquistadores que se creian eternas, en tanto que las estátuas talladas por los esclavos griegos todavía están de pié sobre sus aras sacras, recibiendo, si no el culto, la admiracion de todas las generaciones. Las luchas caballerescas de Carlos V y de Francisco I; las guerras religiosas entre Felipe II de España é Isabel I de Inglaterra; los combates entre las órdenes teutónicas y los emperadores de Alemania, no interesarán como los esfuerzos de Paracelso por extraer de la cábala y de la alquimia la medicina y sus luchas con los avicenistas; como las investigaciones de Keplero mostrando la armonía entre las matemáticas de nuestra mente y las matemáticas de las esferas,



armonías, por las cuales obedecían los mundos á sus concepciones, como obedecen los instrumentos músicos en sus cuerdas y en sus teclas á las notas del pentágrama; el espíritu de Galileo, al ver cómo la majestuosa lámpara colgada del crucero de Pisa, enseña las leyes del péndulo; las correías de Vesala por las horcas de las ciudades, en pos de los ahorcados, medio comidos de los cuervos, para estudiar el esqueleto y conocer la anatomía; la lamentacion en piedra esculpida sobre el sepulcro de Florencia, por la mano titánica de Miguel Angel, cuando, al ver muertas la República y la libertad, se convence de que los colosos de mármol esculpidos en el sepulcro de Julio II y los titanes pintados en las bóvedas de la Sixtina, no eran de carne y hueso, sinó sombras de un pensamiento, en el cual se condensaban las sombras caidas de la conquista, del despotismo y de la guerra, que traian con la muerte de toda libertad la muerte de toda inspiracion y con la muerte de toda inspiracion la eterna noche sobre la infeliz Italia.

Como hay una ciencia moderna de la naturaleza, mayor que la antigua ciencia, habrá una poesía, mayor que la antigua poesía. Y como tenemos un concepto del trabajo superior al antiguo concepto, tendremos una leyenda ó una epopeya de los trabajadores, superior á las antiguas leyendas y á las antiguas epopeyas de las conquistas y de la guerra. Sectas opuestas y exclusivas han dicho que á poca ciencia corresponde mucha religion y mucha poesía, como á mucha ciencia poca religion y poca poesía. Pero una reflexion más profunda demuestra que así como nuestras facultades son eternas, también son eternas las satisfacciones á esas facultades; y que mientras exista el hombre, existirán y coexistirán con él eternamente la religion, la poesía y la ciencia. El espíritu es uno en su esencial sustancia, y las obras ó hechuras del espíritu, grados de su existencia en continuo desarrollo. Así el espíritu se eleva, por esta ley, desde el seno de la naturaleza al seno del Estado, un término superior en la série lógica de sus manifestaciones diversas. ¿Creeis que no

hay tanta vida en el mundo social como en el mundo natural? ¿Creeis que no es tan necesaria al hombre la tierra que lo nutre como la nacion que lo educa? La idea del Estado se ha engrandecido en el espíritu moderno como se ha engrandecido la idea de la creacion. Y engrandeciéndose la idea del Estado, se ha engrandecido la poesia política, que podríamos llamar poesia de la libertad. ¿Creereis, sinó, el privilegio más idóneo á la inspiracion que el derecho y más hermosa la servidumbre que la igualdad natural? Aquellas castas índicas, mantenidas por una religion oscura é incipiente; aquella monarquía persa, derivada de la guerra entre principios opuestos, ó mejor, entre enemigos dioses; aquel Estado griego y romano creidos de que tenian aptitud para regular desde los trages hasta las creencias; el endiosamiento de los emperadores, cuya voluntad se elevaba en las sentencias de los jurisconsultos á fuente de las leyes; la soberanía feudal confundida con la nocion de la propiedad y contando las cabezas de siervos como pudiera contar las cabezas de ganado; los conflictos entre las pretensiones excesivas del sacerdocio empeñado en volvernos al Asia y la autoridad invasora del imperio empeñada en fundarse sobre ruinas de la Roma cesárea; los sofismas de aquel patriarcado que elevaban tristemente un mortal á imágen privilegiada de Dios mismo, no pueden prestarse al arte y á la poesia como se prestan leyes emanadas de la voluntad general; derechos arraigados en la esencia misma del hombre; Estados sometidos á la razon pública, y que léjos de disponer á su arbitrio del honor y de la fortuna y del hogar y de la vida de los ciudadanos, les asegura desde sus propiedades hasta su dignidad como imágen viva que son de la justicia. Sé á ciencia cierta que muchos amadores de restauraciones literarias vuelven los ojos atrás, creyendo fácil resucitar por obra de imitacion, afectos ya extinguidos. Sé tambien que achacan á nuestro tiempo falta de arte por sobra de libertad. Pero yo os pregunto qué siglo de la historia conoció guerras y cruzadas movidas por la poesia como este siglo tachado de prosáico. No le convenia, no,

á Inglaterra, como nacion, la libertad de Grecia, y la auxilió por atender al coro de poetas que la pedia en sus versos, sacrificando así á una idea estética, más que política, la razon de Estado. No le convenia á Francia, como nacion, la independencia y la libertad de Italia; pero se alzaban sombras tan augustas de sus campos y voces tan sublimes de sus sepulcros; se oian, derramadas por sus aires cadencias tales en los Misereres de Palestrina y en las plegarias de Rossini; se veian en sus cielos de arreboles tantas figuras hermosas surgidas de inagotable paleta y en sus piedras de mármoles tantos relieves trazados por creador cincel, que cada corazon sentia una emocion artística á su recuerdo; y todas estas emociones se juntaron á suscitar la cruzada que abrió el sepulcro donde yacia enterrada la madre de todas nuestras naciones. No le convenia, no, á la América del Norte arriesgar su admirada vida por los míseros esclavos de los estados del Sur; pero la tribuna resonará con tales discursos, las iglesias con tales sermones, los hogares con tales páginas de novelas intimas, la lira con tales acordes de libertad universal, que se formará como una apelacion á la conciencia humana, engendrando aquel puritano, venido al Capitolio desde los grandes desiertos, como un profeta, á morir, despues de expugnada y vencida la Babilonia de la esclavitud, cual santo mártir de su fé, por la redencion y la libertad de los negros. ¿Y al siglo de cruzadas así le llamareis siglo de escasa poesia?

Yo creo, por lo contrario, que, en ningun tiempo, la poesia lírica encontró acentos de tan subida entonacion, como en ningun tiempo la libertad encontró cantores de tan vário estro. Al comenzar nuestra centuria, y con sus primeros años, la guerra por nuestra independencia; entre las ruinas de Zaragoza y de Gerona, entre las bombas clavadas en los muros de Cádiz, tintos en sangre nuestros rios, desolado por los incendios nuestro suelo; en aquella ocasion de sacrificios inmortales, que forjaron al fuego de la guerra nuevamente el alma nacional y le dieron, si cabe, más acerado temple; oyó-

se hervir la inspiracion volcánica de Quintana, dando á la nativa energía nuestra más vigor, y haciendo con estóica firmeza un crimen de toda vacilacion en la esperanza; ardor rayano de demencia en aquel instante, á no tratarse del valor en la guerra y del ánimo para la muerte congénitos á nuestra heroica España. Al poco tiempo, el más melancólico de los poetas italianos, Leopardi, vagando á la sombra de los muros caidos y los arcos rotos, que el jaramago cubre con su sudario de amarillas flores y el buho entristece con sus quejidos de siniestros ecos, encontraba la lira heroica de Simónides, y le arrancaba estancias dignas de grabarse en los desfiladeros de las Termópilas y de resonar en las aguas de Salamina y en los campos de Marathon y de Platea. Y, en seguida, un patricio inglés, de complexion inquieta, de familia normanda, de voluntad zozobrosa, de fantasía relampagueante; coronado con las espinas de sus dudas que le taladraban las sienas y consumido en la antorcha de su inspiracion que le abrasaba las manos; despues de haber corrido vária y luctuosa suerte en tantas tormentas y en tantas pasiones, llegó, henchido el corazon de amor entonces feliz, vibrantes los lábios de cánticos ya inmortales, á Grecia, en la exaltacion de su estro y en la flor de su juventud, á pedir muerte á la inmortalidad helénica y sepulcro á la cuna de los poetas y de los dioses. Y cuando tornaban nuestros desterrados del veintitres, la legion sublime que traia en las manos el D. Álvaro de Sevilla y en la mente el D. Félix de Salamanca, comenzaba su elegía en el destierro un poeta eslavo, hijo predilecto de la infeliz Polonia, y tan rendido amator de su patria, por opresa y desgraciada, que la veia retratarse en el extraño hogar, donde chisporroteaba el tronco de Noche Buena, sosteniendo con las lanzas de sus soldados la cúpula de San Pedro vacilante al empuge de tantas heregias; vision traída de los celajes pátrios mirados por última vez con los ojos enrojecidos que buscaban inutilmente los ángeles apocalípticos, apercebidos por la ira celeste al castigo, de aquellos tiranos, cuyos esbirros hirieran los sacerdotes al pié

de sus altares para anudar en la garganta el rezo de la humana aflicción á la divina misericordia, y arrancaran á las tumbas los huesos de cien generaciones para desarraigar hasta las últimas raíces con que á la tierra se une la vida de un gran pueblo. Y á su vez los opresores de Polonia engendraron poetas y tuvieron que oprimirlos. Aquel, por cuyo ingenio vivirá eternamente la lengua moscovita, según el general sentir europeo, vino al mundo con fantasía creadora, y los primeros arpegios de su fantasía, en la alborada de la vida, sobre las nascentes ilusiones, cuando los ojos sólo descubren mariposas y los oídos sólo perciben melodías, los primeros arpegios, iba diciendo, de su fantasía, consagró á cantar la libertad. Mas este cántico le valió un destierro en sus mocedades; y este destierro una tristeza inextinguible en toda su existencia, la mitad de ella dedicada á plañer el dolor en la servidumbre y la otra mitad á rastrear la poesía en la historia, la poesía en las tradiciones. Y agitado por las chispas eléctricas de sus inspiraciones corrió desde la estepa al mar, desde el mar al Cáucaso, desde el Cáucaso al Danubio, y en todas partes, al par que respiraba el aire puro de las montañas y de los campos y de las ondas, recogía los gérmenes de una poética nacional, correspondiente á las tradiciones. Y su vida se arrastró recelosa entre esbirros y se extinguió triste en un duelo. Y el mejor de sus poemas «Oneguine» canta el hastío; y la mejor de sus estrofas plañe un poeta joven que muere llevándose á la eternidad el misterio de su poesía. Mas, á pesar de todas estas contradicciones, si el despotismo le ha arrebatado sus derechos, nótese en todas sus obras que no ha perdido nunca el sentimiento de la libertad, revelado en cada una de sus estancias, como el ruiseñor cautivo, á quien los pastores de Thesalia arrancaban los ojos para que cantase más, ponía en todas sus notas y escalas el amor á los bosques habitados y á los horizontes recorridos en más felices días. Y si las soledades rusas manaban tanta poesía, imaginaos cuánto manarían las encinas germánicas. No hablemos, puesto que pertenece á la dramática, de aquella resurrección de la leyen-

da de Guillermo Tell, elevando sobre los lagos dormidos en sus copas de záfiro, y las nieves relumbrantes en sus cimas eternas, el cielo ideal de la libertad. Hablemos de los poetas líricos: Ulhand, que se gozaba en oír la esquila del ganado tornando al aprisco y la canción de la moza de cántaro recogiendo el agua en la fuente de su aldea; Ulhand, que seguía el primer vuelo de la matinal alondra y el rayo último de la nocturna estrella, á ver si podían juntarse alguna vez en los aires, truécase de pastor de égloga en soldado de epopeya, cuando la conquista despierta en su alma acongojada el amor á la pátria libre, y el amor á la pátria libre despierta en sus sentimientos vivísimos la aspiración al humano derecho. Y Teodoro Koerner, afilando su espada en las piedras drúidicas donde aflaron los sacrificadores el cuchillo para ofrecer víctimas á sus sangrientas divinidades, corre á las batallas, en pos de una bala, que partiendo su pecho, redima su alma y enseñe á los suyos cómo se combate y se muere por la libertad y por la pátria. ¿Qué más? Hasta el poeta de la ironía y de la duda, á quien sus inspiraciones le daban como alas de ángel y sus cóleras como mareos de beodo; profeta bíblico en algunas estancias suyas, dignas de Jerusalen, y cómico aristofanesco en algunas invectivas propias del mercado; con las lágrimas de la elegía sublime en los párpados, convertidos á recoger la luz de lo infinito, y con el hedor de la orgía en los labios abiertos para vomitar la blasfemia y la calumnia; semita con toda su solemnidad y francés con todas sus gracias; oscuro y soñador como un germano y claro y armonioso como un griego; aunque impío é irreverente quiera turbar la paz en todos los templos, desde aquellos del Egipto y Caldea que tenían por vasos de oro los astros, hasta aquellos de góticas agujas que se retratan en las aguas del Rhin y enseñan á orar con las melodías de sus órganos; aunque excéptico, burlon, indiferente, dado á colgar bajo las hojas de su corona de laurel ruidosos cascabeles; jugando con las ideas como un niño con las joyas frágiles, cuyo brillo mira, pero cuyo valor ignora; conserva siempre, allá en el fondo

de su corazón, religioso culto á las dos ideas capitales del mundo moral, á la idea de Dios, y és la idea de la libertad; á manera de esos ángeles de la leyenda que, caídos de la gracia y desterrados al abismo, llevan en la faz eternamente vagos reflejos de su pristina belleza. Y si de esta suerte canta Alemania ¿cómo cantará la revolucionaria Francia? La voz de la libertad se une á tantas melodiosas voces como llenan el alma de aquel poeta, á quien permitió el cielo calmar con un acento de su voz las pasiones desbordadas de la muchedumbre; y el amor á la libertad abría el pecho de aquel otro poeta que parecía no amar sinó los ídolos de un día y no sentir sinó la emoción de un momento en la rica variedad de sus asuntos y de sus formas. Pero el Titan de la nueva idea literaria; el que encerró en versículos semejantes á los versículos de Isaias el alma de su siglo, fué, ya lo habeis nombrado, Víctor Hugo. Nacido en Francia, pero educado en esta tierra de las antítesis y de la hipérbole, donde la nativa originalidad del ingenio se ha negado de antiguo, así á las reglas de lo artificioso como á las rutinas de lo convencional, llevóse consigo la savia del terruño español en las venas y en la frente el beso indeleble de nuestra luz meridional; y creyendo que cada excelso ingenio representa todo un sistema planetario, y se dicta á sí mismo la ley como un Dios, lanzó grito de guerra contra la tradición de las escuelas y contra el falso aristotelismo de la poesía. La revolución francesa, que logró destronar la monarquía de Versalles, dejó intacto el infalible, el inefable, el sacro gusto versallés, vencedor y dominador durante siglo y medio en todas las regiones de Europa. Y en aquellos jardines tallados por combinaciones geométricas, donde dioses contrahechos, pálidas sombras de una mitología muerta, se erguían y pavoneaban enfáticamente por todos los ángulos, entró Víctor Hugo con el recuerdo de que aún existían las selvas naturales y los campos feraces poblados de una viva poesía; y por aquellos salones, donde se aglomeraban los cortesanos encerrados en sus casacas [y ceñidos con sus gigantescas pelucas empolvadas,

deslizóse Víctor Hugo, con el recuerdo de que no léjos de allí bramaban y rugían, como océano encrespado, los pueblos; y en el teatro, sujetó á las unidades, como los jardines á la geometría y los cortesanos á la etiqueta, apareció Víctor Hugo con el recuerdo de que en las cimas de la gloria vivían revestidos de la inmortalidad, Lope, Shakespeare, Calderon, los cuales no siguieron otros códigos que los cuasi divinos de su celeste inspiración; y con estos sencillos principios, encerrados en versos fulgurantes, fundó la soberana libertad del ingenio y devolvió sus alas á la prisionera poesía. Pertenece pues á nuestro tiempo con mayor derecho que á ningun otro tiempo la lírica de la libertad.

No puede ocultárseme que achacan al siglo muchos de sus naturales enemigos falta de respeto á la historia. Señores, ya que tratamos de los conceptos fundamentales, propios de esta edad, no olvidemos que si la idea de la naturaleza y la idea del Estado crecieron desmesuradamente en el espíritu moderno, creció en iguales proporciones también la idea de la Historia. Ningun tiempo conoció poeta que anime las ruinas, y evoque los muertos, y recoja las cenizas de los sepulcros, y reciba el polen de las guirnaldas funerarias, y hable con los fantasmas de los panteones, y muestre las torres y los adarbes dibujados en las indecisas nieblas de los recuerdos, como aquel, en cuyo sér la poesía no es una profesión ó un arte, sinó la vida toda entera, y que errante de pueblo en pueblo, á guisa de trovador en la Edad media, y ostentando ante la uniforme sociedad nuestra el natural indócil de su complexión, aviva toda nuestra historia; en la campiña de Toledo la tradición del Cristo de la Luz y en las márgenes del Arlanza los torreones del castillo de Pampliega; en el corazón popular el más maldecido y el más amado de los reyes, D. Pedro el Cruel, y en la memoria popular el más extraño y el más copiado de nuestros tipos, D. Juan Tenorio; en las almas cristianas el Te-Deum, cantado bajo los muros de Santa Fé por los ejércitos españoles, al ver brillar los rayos del sol naciente en las crestas de las Alpujarras por



las argentadas líneas de la cruz erguida sobre las torres Bermejas, y en las almas de nuestros hermanos de África, el suspiro lanzado por el proscrito, al pié de las palmeras solitarias en el Oasis, y al eco del simoun resonante en el desierto, por cuyos celajes se ven fantaseadas las aljamas de Córdoba, la Giralda de Sevilla, y la Alhambra de Granada, inspirando á la nolstalgía del destierro y á las cuerdas de la guzla desgarradoras lamentaciones en profundas é inmortales elegías: que la voz del poeta es la voz de toda nuestra alma y su inspiracion la llama exhalada del centro de nuestra tierra. Las edades idóneas para las leyendas históricas son estas edades llamadas de transicion. Aunque el tiempo nunca se detenga en su eterno curso, cuenta la historia siglos de transicion, ó si quereis, de renovacion, distintos de los siglos en que las instituciones se hallan mucho más seguras sobre sus antiguas bases y las almas mucho más tranquilas sobre sus heredadas creencias. Por ejemplo, son siglos de transicion el primero en que pasamos de la república al imperio en Roma; y el quinto en que pasamos del imperio al mundo germánico dirigido por la teocracia romana; y el décimo en que pasamos del feudalismo primitivo que podríamos llamar semi-teocrático al feudalismo puramente militar que podríamos llamar semi-monárquico; y el décimo-quinto en que pasamos del feudalismo militar á las monarquías absolutas; y el décimo-nono, abierto por la revolucion francesa, en que pasamos de las monarquías absolutas á las instituciones democráticas. Pues tienen estas edades recuerdos tan vivos de lo pasado juntamente con seguridad tan completa de lo porvenir, que recojen por necesidad en tales afectos motivos bien vários para la poesía histórica. Siglo semejante á este siglo fuera el sexto, anterior á Jesucristo, que oyó pensar á Pitágoras, hablar á Xenophanes, cantar á Anacreonte, al mismo tiempo que la arquitectura se engalanaba con sus plinthos y sus volutas en el suelo de Jonia; que la escultura dejaba su rigidez hierática para sujetarse á las proporciones del cuerpo humano; y que la monarquía se iba con Pisitrato para abrir

paso al luminoso enjambre de las repúblicas griegas. Ninguna ciencia creciera en nuestros tiempos como la ciencia histórica. La idea no puede abarcar la distancia existente entre el primer geroglífico escrito en las paredes de los templos y nuestra filosofía de la historia, en la cual se reconcentra el conocimiento científico que la humanidad alcanza de su vida en el tiempo. Tales geroglíficos, interpretados ó no, asemejanse á esas estrellas cuya luz tarda tantos siglos en llegar á nuestros lentes, que se han extinguido quizá para siempre cuando las vemos inmóviles en el espacio. ¡Cuántas metamorfosis, la historia! Anales de las estaciones y de los fenómenos celestes un tiempo; libros teogónicos más tarde, cuando sólo se refería la vida de los dioses personificados en las alimañas de las selvas; cronología descarnada de los muertos en la tierra de los panteones y de los sepulcros; cántico transmitido por los cantores errantes en los oídos de las generaciones ó escena cincelada por los primeros artífices en los escudos de los héroes; tablas de viajes marítimos suspendidas por Sancioniaton de las capillas donde habitaban las divinidades del comercio; mezcla de mitología y de tradición en los logógrafos de las islas griegas, como mezcla de crónica y de teología y de conseja en las obras de los profetas hebreos; poética en Herodoto, política en Tucidydes, moral en Xenophonte, filosófica en Platon y Aristóteles, crítica en Evehemero, pragmática en Polibio, ecléctica en Alejandría donde así se deletrean los geroglíficos egipcios como se traducen los libros santos; romana en aquella Roma que se llamaba el universo de las naciones; universal en Trogo Pompeyo y en Diodoro Siculo cual una reacción del espíritu humano ya próximo á la conciencia de sí contra el predominio de Roma; triste y decadente en la narración llamada augusta, que historiando la tiranía, anuncia la muerte del mundo antiguo como la sátira anuncia la muerte del arte clásico; esperanzada, rejuvenecida, progresiva en los primeros escritores cristianos, enlazándose por el recuerdo con la ciudad sacerdotal del Padre, con Jerusalen, y por la esperan-

za con la ciudad mística del Hijo, con la gloria; rota en mil pedazos, al dividirse el mundo romano en oriental y occidental, y venir sobre esta division los bárbaros, con lo cual toma tres aspectos, bizantino y cortesano en Procopio, teológico y enciclopédico en Teodoro, barbaro en Jornandez; artificiosa y retórica en los eruditos de Oriente; dura y seca en los cronistas de Occidente; nacional con Froissard, con el arzobispo Rada, con el rey D. Anfonso X, por los siglos en que las naciones modernas comienzan á dibujarse bajo la sombra de las monarquías históricas; griega en los filósofos del Renacimiento; observadora profundísima del corazon humano y de la humana sociedad, en Maquiavelo; naturalista, en nuestros escritores de Indias, como Oviedo; clásica en Hurtado y en el padre Mariana; social desde la segunda mitad del siglo décimo-séptimo hasta la primera mitad del siglo décimo-octavo, ya explique las leyes de la Providencia con Bossuet, ya las edades de la humanidad con Vico, ya las instituciones con Mostequieu, ya el derecho internacional con Grotio; eminentemente crítica en el siglo décimo-octavo y eminentemente filosófica en nuestro siglo, ha crecido, si cabia que creciera, á nuestros mismos ojos, juntando el principio de la unidad de Dios con el principio de la unidad del hombre; la ley de la realidad lógica en los hechos con el dogma moral de la libertad en los individuos; la creencia que nos inspira la fisiología en nuestro parentesco estrechísimo con todo el universo y la creencia que nos inspira la filosofía en nuestra redencion gradual con los redimidos y por medio de los redentores; todo lo cual ha dado á la historia, engrandecida é iluminada, las proporciones y los cortes de una maravillosísima epopeya. Recordaráme algun malicioso que el siglo, estimado por tan progresivo, se inclina hoy á la idea pesimista con tanta fuerza como á las ideas optimistas se inclinaba hace poco. Levántanse, en efecto, no diré escuelas filosóficas, sinó genialidades atrabiliarias, que en la tierra ven una sucesion de generaciones sacrificadas, en el amor un equivalente de la muerte, en la cuna el gérmen de todas las penas, en la

vida el continuo suceder de todos los dolores, en el Estado una fuerza opresora, en la sociedad un carnaval perpétuo, en el comercio y las relaciones sociales una cacería sin término y una batalla sin tregua, en las ilusiones engaños y desengaños en las esperanzas; por los horizontes del arte neblinas recamadas de ópalo y grana que sólo llueven los oropeles de la mentira; por las cimas de la ciencia espirales de sofismas que sólo persuaden á la duda; en el sistema solar y sus planetas otros tantos purgatorios, donde arden almas en pena sin más porvenir que el sueño eterno; en la naturaleza toda una aglomeracion de celadas, un cúmulo de engaños, el hambre por incentivo, la envidia y el ódio por necesidad, la guerra por ley; siempre la misma tragedia para todos con el mismo desenlace de una última enfermedad, resuelta en una podredumbre horrible; siempre la misma suerte; el no sér alcanzado por el suicidio universal de la humanidad, tristemente hastiada y convencida de que el espacio es vacío y lo único eterno y cierto el perdurable silencio en los pavorosos abismos de la nada. Creo tales ideas desviaciones de la órbita que recorre nuestro tiempo. Júzgalas alarde de mal humor pasajero más bien que expresion de convencimiento profundo. Pásale al espíritu humano como al espíritu individual; todos estos arranques nacen de un minuto y mueren pronto en el conjunto de los séres y de las cosas. Sucede con esta filosofía de la desesperacion lo mismo que sucede con el arte realista; no pasa de accidente. Toda filosofía verdadera resulta, al fin y al cabo, idealista, como todo arte se resuelve en ideal. Tras las nubes el cielo azul y bajo los oleajes el mar sereno. Tras los sofismas de un día las verdades eternas. De los sofistas nació Sócrates, y con Sócrates la conciencia anterior y superior al Estado; tras los pesimistas vereis con mayor claridad el albedrío que busca voluntariamente la más alta moral aguijoneado por la conciencia libre, y el universo material realizando el bien por necesidad en obediencia á su legislador y en cumplimiento de sus leyes. Entre nosotros tenemos sentado al poeta célebre, que personifica con mayores títulos todas las

tendencias pesimistas posibles en esta sociedad nuestra, espiritualista y creyente. Dará á su poesía por nombre un neologismo tal como Dolora; deslumbrará los entendimientos con los vistosos juegos de su ingenio soberano, tan admirable por la novedad y la riqueza de las ideas como por la correccion y hermosura de las frases; verá cada hecho de la vida y hasta cada fenómeno de la naturaleza como si espíritu y materia dependieran de su voluntad y se juntaran ó desunieran al conjuro de su albedrío; reirá y llorará segun que le hierva la sangre de su corazon en las venas ó le amargue el paladar la hiel de su hígado; pero entre tantas innumerables voluntariedades de su musa independiente, vereis cómo conserva siempre el resplandor de su conciencia y en la conciencia la virtud de una idealidad inextinguible. Griten cuanto quieran los desesperados, la corriente de los progresos continuos les arrastrará. Como la sábia química de hoy fué alquimia, y la sábia astronomía astrología, nuestro cuerpo estuvo en el limbo de la tierra y nuestra alma en limbo de la barbarie. Hemos vivido en las cavernas lacustras como el mastodonte y hemos clavado el puñal de piedra en las entrañas de las víctimas para ofrecer ese holocausto á nuestros dioses antropófagos. Y aquí de la leyenda tan sabida en Alemania. Allá en nuestra madriguera, digna de las aves nocturnas, entró la tea de Prometheo, encendida por la chispa que arrancaba el hierro al pedernal, y la creimos el resplandor y el fuego de la vida, y deseamos poseerla y mirarla eternamente. Y una noche salimos de nuestras cavernas, y á través de la viciosa vegetacion, columbramos la luna, y creyéndola el luminar por excelencia, pedimos que nos dejaran vivir y morir en el éxtasis de una eterna contemplacion. Y tras la luna, vino el sol, y tras el sol la conciencia, y tras la conciencia la idea, y tras la idea el ideal: que los minerales quieren ser árboles, y los árboles flores, y las flores aves, y las aves cánticos, y los cánticos poesía, y la poesía tipo y el tipo arquetipo; y desde la ola del Océano hasta el latido del corazon, desde la abeja zumbando sobre el cáliz rebo-

sante de miel hasta el arpa despidiendo la nota lanzada á la inmortalidad, todo lo creado busca el origen de su creacion, y con átomos, chispas, esencias, aromas, gorgeos, alas, vuelos, inspiraciones, cánticos, plegarias, incienso, todas las criaturas suspiran por unirse con el eterno amor.

Quien desconozca esta aspiracion universal, jamás entrará en el templo henchido de misterios y poblado de oráculos, que inefable para la humana lengua, por denominarse con alguna denominacion, aunque sea imperfecta, se denomina arte. El espíritu en la naturaleza sufre algo de la fatalidad que en la naturaleza reina. El espíritu en la sociedad, en el Estado, aunque más libre, se halla cohibido por leyes coercitivas, por las leyes sociales, en las que hay tambien una parte considerable de necesidad. La region luminosa de la libertad empieza en el arte. Esta esfera de nuestra vida espiritual se distingue de las otras esferas en que lleva en sí misma sus leyes y su fin propio. El arte puro no tiene ninguna utilidad, y en esto consiste principalmente su grandeza. El arte, por no obedecer á ninguna ley extraña á él, ni siquiera obedece á las leyes morales; y por no tener ninguna finalidad á él agena ¡ah! ni siquiera tiene por fin el bien. Lo produce; pero sin voluntad de intentarlo. Ha cumplido toda su esencia cuando ha realizado la hermosura. No se propone lo primero que consigue: despertar puras emociones y desinteresada contemplacion. Produce por producir, crea por crear, canta por la necesidad de cantar. ¿Qué le va, señores, á esa ave celestial en regalar ó no los oidos, allá por el bosque de ilusiones, donde resuenan sus endechas y habitan sus amores? Pues bien, la idea del arte, como la idea de la naturaleza, como la idea del Estado, como la idea de la historia, tambien ha crecido en nuestros dias. Así como hemos producido la ciencia geológica que ha aumentado nuestros conocimientos en la vida y en la historia del planeta, hemos producido la ciencia estética que ha aumentado nuestros conocimientos en la vida y en la historia del arte. Y cuenta que ninguna de las ideas fundamentales cambia tanto, ni la idea cósmica, ni

la idea política, ni la idea religiosa, como la idea artística. Los primeros cristianos veían la sonrisa del demonio en los labios de las estatuas griegas. Algunos, entre los padres de la iglesia, aconsejaban á los artífices que pintasen y esculpiesen feo á Cristo, por ser la hermosura cosa profana y hasta diabólica. En la tierra donde brotaron los dioses del arte, se extendió, al mediar nuestra era, la secta de los iconoclastas, que destruía los simulacros y borraba las efigies. Dos religiones, de las que más han cooperado á la educación del género humano, prohibían reproducir ni copiar los seres animados, porque toca en irreverencia dar aspecto de vida á figuras incapacitadas de alcanzar la vida toda entera. Los recuerdos clásicos tienen tal omnipotencia en Italia, que ninguno de los artistas del Renacimiento comprendió la belleza del gótico. Y los artistas de la Edad Media no comprendieron, hasta que el Renacimiento se avecinaba, la corrección y la armonía de las órdenes griegas. El autor de las empresas políticas maldecía del Dante; y el autor del Cándido llamaba á Shakespeare deforme y bárbaro. Un crítico del siglo pasado, como por ejemplo, Moratin, ó de principios de este siglo, como por ejemplo, Sismondi, encontrará monstruosos y hasta repugnantes los más sublimes dramas del teatro español. Y un combatiente romántico, demagogo de la revolución literaria del año treinta, verá en las tragedias griegas, talladas por Esquilo y Sófocles, frías estatuas de yeso. El poeta admirador de la antigüedad pasará por el poético Asis de Umbria, y visitará un templo imperial de la decadencia romana, desdeñando el monasterio de San Francisco impregnado de tantas y tan místicas oraciones. Y á pocos pasos de allí, por el crucero de la Porciuncula, artista empeñado en la resurrección de la Edad media, trazará un fresco en que reproduce adrede la incorrección del dibujo propio de los primeros pintores monásticos, sólo por amor á la arqueología de un tiempo ya extinguido. Nuestro gusto huye de estas sectas intolerantes y condena á estos artistas exclusivos. Nosotros somos en arte, como en historia, mucho más universales y huma-

nos. Como padecemos con todos los oprimidos, y admiramos á todos los redentores, tenemos el culto de todas las artes, y por dioses á todos cuantos han hecho bajar del cielo sobre el hombre los resplandores de la hermosura perfecta. No desdeñamos el poema índico en que rezan las selvas llenas de poesía panteista; ni el apólogo persa en que dialogan el ruiseñor y la rosa á la sombra del agimez y al amor de la luna reflejada en las aguas del Eufrates. Seguimos el viaje de los argonautas al través de las ondas del Mediterráneo y la peregrinacion de los israelitas al través de las arenas del desierto. Cantamos en el coro que celebra, á la voz de Simónides, la rota de los Dários y los Ciro y en el coro que alaba al Eterno, á la voz de Moisés, en la tierra del Asia y á la vista del Sinaí, por el castigo de los soberbios Faraones. Vamos de puerta en puerta, como el Edipo coloneo apoyado en Antígona, preguntando á los vivos por la causa de nuestro pecado original; y de tumba en tumba, como el Hamlet danes, que acaba de maldecir á Ofelia, preguntando á los muertos por los enigmas de nuestros eternos y silenciosos destinos. Sentimos en nuestras manos el peso de las cadenas y en nuestros hígados el picotazo de los buitres que atormentaban allá en el Cáucaso al Titan de Esquilo, y en nuestra alma el dolor de la servidumbre y la envidia por la libertad del ave, del pez, del arroyo, del bruto que en la España de los embrujados y de los inquisidores sentia el Segismundo de Calderon. Buscamos por Judea el sepulcro de la hija de Jephté, por Grecia el sepulcro de la sacrificada Ifigenia, por Verona el sepulcro de la pobre Julietta, llorando con todas las infelices en todos los tiempos las desgracias del amor. Asistimos en espíritu á los juegos pithicos para beber en copa cincelada por Praxisteles agua de Castalia y oír bajo las ramas del laurel de Apolo versos de Píndaro y páginas de Herodoto, mientras los atletas vencedores reciben sus coronas y las vírgenes griegas trenzan sus danzas religiosas en el intercolumnio de templo tan armonioso como una oda y en presencia del Dios tan sereno como los horizontes de Grecia. Y luego, á guisa de



los pobres penitentes de la Fuerza del Sino, vamos al yermo cubiertos del sayal, ceñidos del cilicio, á enterrar en la soledad un corazon desgarrado, á macerar en la penitencia un cuerpo dolorido; y nos abrazamos á la cruz de piedra, que indica la entrada en los retiros del Señor; y nos conmovemos al eco de la campana, que así convoca á los vivos como plañe á los muertos; y acudimos á la sombra de la torres y de la ogiva y del ciprés, y como la cigüeñas, fabricamos en las agujas de las capillasó en las linternas de los panteones nidos de abrojos para nuestra alma desengañada; y oyendo y entonando el Miserere de todas las penitencias, cavamos con el hazadon nuestra sepultura, no tanto para tener un hoyo en la tierra, como para recordar á las fuerzas devastadoras de la naturaleza que todavía existimos, y para pedir al ángel de la muerte que disperse con sus alas nuestro cuerpo como un monton de cenizas y nos deje en suelo cubierto por la yerba de los campos y humedecido por el rocío de los cielos aguardar en el sueño eterno la misericordia divina que se apiade de nosotros y perdone nuestros errores y nuestras culpas en la hora apocalíptica del último juicio. Sí, pertenecemos á todas las artes y á todas las literaturas, con tal que broten de una fé sincera, de una inspiracion sencilla é ingénua, y no representen restauraciones literarias ideadas con fines interesados y políticos, ajenos á la pura inspiracion del arte. Somos como aquellos artistas del Renacimiento que entre los precursores de Cristo ponian á San Juan y á Virgilio; entre los doctores á Platon ceñido de aureola tan sagrada con la aureola de San Agustín ó San Jerónimo; entre los patriarcas dormidos en el seno de Abraham á los antiguos moralistas; bajo el ara donde se celebraban los incruentos sacrificios de nuestra religion los bajos relieves donde se veian la ninfa y el fáuno ébrios con la embriaguez de una vida exhuberante; junto á la hermenéutica evangélica el mitho de Puquis encerrando como una alegoría de la inmortalidad del alma; y por las bóvedas de la capilla Sixtina y por los altares de Santa María de la Pace los oráculos de Delfos, representados por las Sibilas, y

las profecías del Jordan y del Eufrates, representadas por los Profetas, como para decir que el Océano de nuestra vida espiritual se formó con los cuatro ríos de ideas que fluyen de Jerusalén, de Atenas, de Roma y de Alejandría. Hace pocos meses visitaba yo la catedral de Búrgos, y estudiando su coro, encontré en la misma silla arzobispal, bajo un relieve que representaba mística escena otro relieve que representaba el robo de Europa por Júpiter convertido en toro, y parecióme descubrir toda la historia del Renacimiento. Igual universalidad tiene nuestro arte. No excluimos, por ejemplo, en arquitectura el gótico, cual los clásicos franceses del siglo pasado, ni el griego, cual los románticos alemanes del siglo corriente. Admiramos todas las arquitecturas admirables. Y como decía el eterno oráculo del idealismo, en este sentimiento de admiración creemos tener el principio de nuestra ciencia. Llevad á un hombre de otro siglo á estos tres sitios: á las ruinas de Poesthum, á la Alhambra de Granada, á la catedral de Toledo, que representan el mundo oriental, el mundo griego, el mundo cristiano, y desconocerá completamente algunas de estas tres maravillas. Nosotros, por lo contrario, las sentimos y las comprendemos todas. Aún recuerdo la tarde en que yo ví las ruinas de Poesthum. Acababa de recorrer desde el cabo Miseno al cabo Minerva, y acababa de contemplar el Vesubio humeando en medio de la campiña partenepoa con su cintura de ciudades bulliciosas y de ruinas yertas; las islas griegas engarzadas en espumas y ceñidas de templos; los escollos cubiertos de arboles donde todavía habita Circe y el mar donde todavía cantan las Sirenas; y creí que no era dado ni á la naturaleza ni á la historia ofrecer más hermosos cuadros. Pero no contaba con el sublime cementerio, donde yace insepulta la antigua ciudad griega. La bahía de Salermo se ostenta á los ojos; en el lejano horizonte las montañas de los Abruzos elevan sus crestas y sus cúspides tachonadas de nieve; por todos aquellos campos, donde crecieron las rosas que el romano deshojaba en sus orgías y el poeta celebraba en sus versos, la soledad y

el silencio; bosques de helechos nutridos por aguas pantanosas exhalan fiebres mortales; vapores mefíticos condensados de maneras diversas, extienden por aquel luminoso cielo nubes de colores tan rojos que las tomariais por evaporaciones de sangre; en el campo desierto algun búfalo y en el aire silencioso algun cuervo; entre pilastras rotas, zócalos deshechos, plinthos caidos, el severo templo de Neptuno con sus columnas dóricas y su fronton triangular, empapado todo él en tales rosaceos matices, que parece hecho con rayos de la aurora; y al través de sus intercolumnios, tras las plantas verdosas y las arenas áureas, el mar azul, cuyas olas se quejan blandamente como si lloraran en lamentaciones sin fin la ruina de la ciudad helénica y la muerte de los marinos dioses. Pasad de estas ruinas silenciosas á la abandonada Alhambra, y vereis cuán diversa, pero tambien, si es permitido hablar de esta suerte, cuán hermosa hermosura. En el patio de mármol la alberca de cristal; junto á las grecas de mirtos y arrayanes los surtidores de bullidoras aguas sombreados por los aleros de alerce y de marfil; en las paredes los azulejos de metálica porcelana, los alicatados de oro y ópalo y de azul y plata, el alhamí provocando á los sueños de la sensualidad con sus celosías, el ajimez conteniendo los misterios de voluptuoso amor; en las galerías las columnas airosas sustentando los arcos adornados de ligeras alharcas que parecen mecerse al soplo de las áuras embalsamadas de azahar; tras el mirador los naranjales enlazados con las palmas y los jazmines con las adelfas; en las techumbres las estalactitas de mil colores cuyas agujas se idealizan al través de las humaredas de los pebeteros; en el fresco y sombrío baño las estrellas abiertas por la bóveda y la música exhalada del alto camarín; y en todas partes la luz con que juegan las nieves de los picachos de Muley-Hacen y las lavas de las crestas de Sierra Elvira, los romances que comunican á los aires del Darro y el Genil las continuas zambras de una ciudad, en que los combates son juegos, las vegas torneos, la vida placeres, y la muerte misma una sensual é inextingui-

ble alegría. Volad desde el jardín de los adarbes á la catedral de Toledo en alas del pensamiento, y de una ojeada abraza-  
reis toda nuestra historia. El consistorio enfrente para que la iglesia bendiga la libertad; el mercado al término de las colosales paredes de la izquierda para que á la sombra de la iglesia se cobijen los contratos; la posada de las Herman-  
dades tras el abside, á fin de que á la iglesia miren los solda-  
dos en sus salidas y entradas; las viviendas de los nobles por las calles vecinas, con sus emblemas y escudos, pidiendo como de rodillas á la iglesia que consagre sus tradiciones y salve sus privilegios; ante todo el monumento la torre, guian-  
do con sus agujas, que hienden los espacios, al viajero, y conmoviendo con sus campanas, que se oyen de muchas le-  
guas, á los fieles, como un faro espiritual que luciese y ha-  
blase al mismo tiempo; desde la puerta de la Feria á la puerta de los Leones, pasando por la portada mayor, tres siglos que veis en las primeras esculturas apenas salidas de su pesado  
cendal bizantino y en las últimas vencedoras de la rigidez  
antigua entre las armonías del Renacimiento; por los suelos, bajo el pavimento de mármoles, el pavimento de huesos que han formado tantas generaciones; por las paredes y en las capillas, sobre los sepulcros, á la sombra de los doseletes, los reyes y los próceres, cuyas efigies recuerdan nuestras grandezas y nuestros dolores, desde el triunfo de las Navas hasta la desgracia de Aljubarrota, desde los campos de Calatañazor hasta los campos de Montiel, desde la nube de gloria en que vá envuelto el cardenal Mendoza que se alzó entre el término de la guerra de siete siglos y el nacimiento y co-  
mienzo del Nuevo mundo hasta la nube de ignominia en que vá envuelto el triste favorito descabezado en el patíbulo de Valladolid; por las cinco naves todos los cambiantes de la luz apropiados á todos los deliquios de la religion, así las tinieblas donde oculta sus remordimientos la penitencia, como los iris en que tiñe sus alas de mariposa la esperanza; en los arcos la ojiva con sus líneas curvas, que buscan un punto á la manera que buscan las tortuosidades de nuestra vida la uni-

dad absoluta, y tras los arcos los rosetones góticos, de cuyos vidrios brotan, como de rosas místicas, ángeles batiendo sus alas de colores y caen reflejos de mil matices entonando el oro de los altares y la llama de los cirios; en el coro las dos legiones de estatuas cinceladas en competencia por Felipe Borgoñes y Alonso Berruguete, como escapadas de los templos paganos á rendir homenaje á la universalidad religiosa del templo católico; en la capilla mayor los arzobispos que duermen y los arcángeles que velan, los doctores que leen sus libros de piedra y los mártires que agitan sus palmas de combate, las vírgenes coronadas de estrellas que os miran sobre nubes etéreas y los bienaventurados que repiten eternas letanías, los pages que custodian las sepulturas y los serafines que entonan un Te-Deum inextinguible con voces angélicas; en este lado el bautizo, en otro el matrimonio, más léjos el entierro; por aquí los peregrinos religiosos de rodillas, por allí los peregrinos artistas extáticos; en los dias de solemnidad el pueblo que ya reza ó ya canta, la salmodia de los sacerdotes mozárabes estrellándose en los alicatados de los alarifes mudejares, las procesiones del cabildo en que lucen las capas pluviales con los relicarios de pedrería; y al eco del órgano, entre las nubes del incienso acompañadas por los salmos, sobre la gradería cubierta de brocados, al pié del retablo lleno de figuras místicas que parecen personificaciones várias de la oracion, la misa, que así como transforma el pan ázimo en ser divino por las palabras sacramentales de la consagracion, transforma en ideas las piedras, por donde las almas suben, como por invisible escala, sacudiendo el polvo de la tierra y los dolores de un dia, á saciar en la fuente de vida, en que beben su luz los mundos, la sed inextinguible de la eterna verdad y del infinito amor. ¡Feliz edad la nuestra, que nos consiente comprender en toda su exactitud y sentir en toda su hermosura las obras artísticas de todos los siglos y de todas las generaciones! ¡Feliz edad que ha llegado á tan sublime poesía!

Al espíritu no le basta con el arte, y subiendo en la escala

mística suspensa entre lo finito y lo infinito, llega necesariamente á la religion. Vivimos la vida material en la naturaleza y otra vida superior en la sociedad, que abraza la familia y el Estado. En el arte predomina la sensibilidad, en la religion la fé, en la ciencia el pensamiento. Y como al principio de esta série de ascensiones se encuentra la más grosera materia, se encuentra al término la más pura idealidad. Yo declaro, pues, que así como creo superior el concepto de la naturaleza y del Estado y del arte en nuestro tiempo al concepto que tenían los siglos anteriores, creo superior también el concepto de la religion. Por temerarias tomarán muchos estas afirmaciones mías, tratándose de una edad, que ha visto surgir sistema, seguido de muchas gentes, en el cual se prescinde por completo de la religion como de cosa innecesaria y baladí. Más, yo os pregunto: ¿creeis privativa del siglo nuestro esta enfermedad del ateismo? ¿Creeis que no la han sentido y no la han pasado muchos hombres superiores en otros siglos también? No es la centuria corriente la única que haya tenido entendimientos extraviados hasta el extremo de querer arrancar al cerebro el espíritu y al cielo Dios. Desde los albores de la ciencia hasta nuestros días, el materialismo ha existido, como desde los albores de la primera mañana del mundo hasta nuestros días han existido las sombras. No está en nuestras manos la extirpacion del error, ni la extirpacion del mal; porque ámbos á dos son congénitos á la naturaleza humana. Pero consolémonos pensando que también radican en nosotros, en lo más íntimo de nuestro sér, las incontrastables aspiraciones religiosas. La idealidad, que no vemos sinó con los ojos del alma, es tan verdadera como la realidad misma. Mientras exista en el cielo y en la tierra un misterio impenetrable que ningun entendimiento puede descifrar; mientras nuestro corazón sienta amor inextinguible que ninguna pasión puede satisfacer; mientras pugne en el artista la idea con la expresión y lo incommensurable del pensamiento con la fragilidad y estrechez de la forma; mientras en pos de cada deseo cumplido surja

otro deseo mayor, y tras cada grado de la vida se eleve un «más allá» inevitable, y tras cada revelacion de la ciencia, en que creemos tocar las cimas de la idea, otra cima todavía más alta, perdida en lo inmenso; mientras nos aquejen aspiraciones sin realizacion posible aquí en la tierra, ensueños sin objeto conocido, esperanzas insaciables, alzándose sobre todos los misterios la muerte, pertinaz en llevarse las generaciones sin devolvérnoslas jamás y muda á las interrogaciones que entre lágrimas y sollozos le dirigimos al desaparecer los séres amados; mientras existan todas estas batallas en el mundo y todas estas contradicciones en el entendimiento, á través del dolor, columbraremos otra vida espiritual, á la que solamente llegará el alma, despojada de sus vestiduras terrenales, ciñéndose las dos alas místicas de la oracion y de la fé. El sentimiento religioso existe en nuestra generacion como existe en todas las generaciones. Pero lo que puede llamarse característico á nuestro tiempo, y propio del espíritu moderno, es la ciencia y la filosofía de la religion.

La historia moderna encuentra el alma de los pueblos en sus creencias religiosas. Así no hubo edad tan escudriñadora de los misterios encerrados en el mundo teológico por excelencia, en el Oriente, como nuestra edad tachada de escéptica por oscuras supersticiones que quieren á toda costa denostarla. Fatigarían la memoria los nombres de los sábios que han estudiado la religion mecánica del pueblo chino; que han descrito la trinidad india y la divinizacion del mundo en aquellos poemas de la luz; que han mostrado cómo Buda extendió su doctrina, puramente moral, por pueblos innumerables; que han visto el primer asomo de la libertad en el dualismo persa y el primer borrador de la persona inmortal en la momia egipcia; que han hallado en los mithos sirios de la consuncion del Fénix en la propia vida y de la muerte de Adonis las primeras apoteosis del dolor; que han desenterrado las moles sumidas en las calcinadas arenas del desierto, arrancando á los geroglíficos el enigma de sus ideas y recogiendo el aroma de las primeras oraciones ins-

piradas por la religion de la naturaleza á las almas aleteando, como avecillas en su nido, allá en las primeras edades de la historia y en las primeras auroras del espíritu. Así como la filosofía de la historia es una de las ciencias propias de nuestro tiempo, lo es tambien la filosofía de la religion. ¡Qué enlace tan misterioso han hallado los filósofos entre las formas del lenguaje y las formas de las creencias! ¡Qué horizontes ha abierto á la historia moderna la entrada de nuestro espíritu investigador en las pagodas indias! ¡Qué enjambre de ideas ha levantado la revelacion científica del secreto encerrado en los geroglíficos egipcios! ¡Qué diferencia entre la sonrisa escéptica de los enciclopedistas delante de todos los dioses y nuestro recogimiento religioso en la contemplacion de esos templos que guardan el primero y el último suspiro de tantas generaciones y que flotan, como naves místicas llenas de esperanzas, en el eterno diluvio de nuestras lágrimas! Las nuevas ideas etnológicas sobre las razas arias y las razas semíticas; las nuevas ideas filológicas sobre la série de las lenguas; las nuevas ideas históricas sobre el crecimiento de la conciencia humana en los dogmas, se parecen hoy á larvas, prontas á tomar alas, en cuanto las anime el calor de una primavera poética; que la inspiracion tiene sus estaciones como la naturaleza. Nos bañamos en rios de ideas nuevas cuando Anquetil nos trajo el Zend-Avesta, y Sacy los mitos de Sirya, y Champolion el enigma de las inscripciones egipcias que al comienzo de nuestra era contaban ya sesenta siglos de antigüedad, y Bournonf los primeros rudimentos de las gramáticas arias, y Grim la relacion entre las lenguas modernas y las primitivas lenguas asiáticas, y Max Müller los Vedas y las últimas revelaciones del sanscrito, en las cuales vimos vaciarse, como en su molde propio, desde el griego y el latin hasta nuestras modernas lenguas europeas. No conozco poema comparable al construido por la historia de las religiones, tal como la comprenden los modernos. En esos altares derruidos que pueblan las riberas del Mediterráneo; en esos templos de la muerte donde Isis se



envuelve en su velo sembrado de estrellas de oro; en esos colosos que sacan sus frentes, como náufragos, entre las ondas de arena; en esas esfinges que las palmeras sombrean y las ruinas sustentan; en todos esos dioses dispersos por el planeta hemos leído las esperanzas, las aspiraciones, las plegarias, los deliquios que ha exhalado el género humano para llenar la inmensa distancia existente entre lo finito y lo infinito con coros de aspiraciones resplandecientes, cuya luz destella místicas y consoladoras ideas. Sobre todo, la religion pagana, la religion heleno-latina, encontró en nuestro siglo intérpretes que casi la revelaron de nuevo á la humanidad. Las polémicas entre Kreuser y Müller tuvieron tal ardor, que se dirian empeñadas por dogmas adorados y vivientes. Ellos nos revelaron las edades del paganismo: la primitiva y sencilla en los dioses cabires; la sacerdotal en Orfeo; la teocracia en la aparicion y difusion del mito de Apolo venido de Oriente; la primer tendencia antropomórfica en el mito de Baco, que se asemeja á nuestras primeras heregias en la Edad Media; el antropomorfismo puro en Homero, cuyo poema traza la protesta de la libertad heróica contra la antigua teogonía gerárquica y sacerdotal; la descomposicion de todos los dogmas en el análisis de la ciencia filosófica, el cual se extiende desde el primer poema de Xenophanes hasta el último libro de Séneca; la filosofia positivista en Evehemero; la reaccion en la escuela alejandrina y neo-pagana, que admite la Trinidad y el Verbo, pareciéndose así las doctrinas antiguas á las doctrinas cristianas, en esta última transformacion, como los grandes rios al mar en su desembocadura y en su desagüe. Tal conocimiento de la antigüedad ha conseguido que los dioses paganos aparezcan en la literatura contemporánea, no á la manera del pasado siglo en la escuela clásica, como símbolos é imágenes de ideas universalmente conocidas, sinó vivos y regocijados, cual si todavía creyeran las gentes en su divinidad y la adoraran á una en los marmóreos templos. Si los primeros poetas griegos, los más religiosos, aquellos que al son de sus cítaras elevaban,

no tanto canciones como plegarias, volvieran á la tierra y conocieran al mayor poeta alemán despues de Goethe, creerian que los dioses acababan de morir ahora mismo, al oírle quejarse de que el oráculo no hable ni en las encinas de Dodona, ni en los laureles de Delfos; dolerse de que el Zens Olímpico no truene en el Parthenon, ni la sábia Athene sonria bajo los olivos de la Atica; preguntar por qué los caramillos de los faunos ébrios no resuenan en las majadas y otros y los cuerpos de las sirenas griegas no palpitan turgentes en las ondas, y la voz de las Circes mágicas no se exhala seductora de los escollos sonoros y al verde Glauco ceñido de algas no nada juvenil en el mar tranquilo, y la Bacante con su tirso de oro en la mano, su piel de tigre á la espalda, su corona de pámpanos en las sienes, no anima las vendimias; y en el Tirreno, y en el Adriático, y en el Egeo se oye una voz plañidera, anunciando la muerte del Dios Pan y con ella la extincion de la vida en el seno de la naturaleza y la extincion de la serenidad y de la armonía en los cielos del arte. Esta armonía se ha roto, porque el espíritu humano se ha agrandado desmedidamente, porque ha bebido la inmortalidad en la copa donde bebió Sócrates la muerte y ha visto á Dios en la cruz, en el patíbulo de los esclavos, donde murió el Redentor de los hombres. La obra principal del cristianismo fué separar la conciencia del Estado; sostener que la religion debe ser creida y observada por los mandatos espirituales de Dios y no por las fuerzas coercitivas del poder público. Tal sentido tiene la palabra de Cristo: dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. La teocracia y la autocracia quedaron muertas de un golpe. Toda coaccion ejercida sobre la conciencia fué desde entonces un crimen contra la humanidad y un desacato al Eterno. Los circos se poblaron de mártires, que dejaban su vida entre las garras de las fieras, por no dejar su conciencia bajo la autoridad de los magistrados. Frente á frente de la religion del Estado se elevó la religion del espíritu. Y pasó á ser axiomático que la fé religiosa debe provenir de lo íntimo de la conciencia y no

de la externa autoridad pública. Pero, como las ideas caminan tan lentamente en la vida real, así como el principio filosófico de la conciencia libre, por Sócrates predicado, no pasó al sentido general religioso sinó merced á Cristo; el principio predicado por Cristo no pasa á las leyes generales de la sociedad y á las alturas del Estado, sinó por medio de la moderna libertad religiosa. Si quisiéramos calificar con una sola fórmula nuestro tiempo, llamaríamosle el tiempo de la separacion absoluta entre la conciencia y el Estado, ó mejor, mucho mejor, llamaríamosle el siglo de la libertad religiosa. Y esta libertad religiosa nuestra, ha acrecentado la persona humana, porque ha acrecentado la conciencia; y acrecentando la persona humana ha acrecentado tambien la poesía lírica. Es más bella, y más santa, y más cristiana la paz de nuestro siglo, que las antiguas guerras y las antiguas persecuciones religiosas. Exhala de su seno más poesía la mártir, cuya cabeza cae tronchada como una flor sobre la arena donde se celebran los holocaustos á la conciencia libre, que el César, su juez, ó el esbirro, su verdugo, ó el populacho, su enemigo y denostante. Exhala más poesía que el horno donde ardieron los niños hebreos de Babilonia, que el potro donde atormentaron por bruja á la infeliz Juana de Arco, que el brasero cuyas llamas devoraron á Servet, que el monton de cenizas á que redujeron los huesos de Savonarola, que el patíbulo de Juan Hus y Jerónimo de Praga, que la inquisicion de Felipe II, que las persecuciones de Luis XIV, que las iras de María la Sanguinaria contra los protestantes ó las iras de Isabel Tudor contra los católicos, que todos estos reflejos del ódio, cualquier tranquilo y apartado espacio, en el cual á la sombra del humano derecho, se dilata la libre conciencia, como una ciudad á orillas de lagos celestes, al pié de montañas inaccesibles, en tierra preparada por larga historia á la forma definitiva del espíritu moderno, y donde se vé dibujarse aquí la Sinagoga resonante con los cantares que brotaron á las orillas del Eufrates ó en los arenales de Palestina; allá la iglesia puritana que ha educado á la Amé-

rica del Norte, acullá el templo griego que ha civilizado el Oriente; más lejos la capilla anglicana, que refleja el alma de la nacion británica; sobre todo, la aguja de la catedral católica, á cuya sombra viven los pueblos más ilustres del planeta; cimas del espíritu humano, el cual busca por la variedad ingénita á su naturaleza los caminos de la gloria y que allá, en lo infinito, se encuentra con la unidad de Dios, á manera que las diversas atmósferas incoloras é invisibles forman en la inmensidad el claro azul de los cielos. Y no me digais que esta libertad ha concluido con la poesía religiosa en nuestro tiempo. ¿Creeis, de veras, que no existe la poesía religiosa en nuestro tiempo? Quien desee sentir en toda su grandeza el dia de la Resurreccion, lea el canto último de la Mesiada de Klostok, y oiga el himno de los muertos revividos, acompañado por las cadencias de las arpas seráficas. Quien desee sentir cómo la sangre de Cristo ha lavado todas las culpas y el árbol de la cruz ha hundido sus raices hasta en el antro de todos los males, que lea la divina epopeya de Soumet. La plegaria tierna, efusiva, mística, hablará el lenguaje de la oracion por todos, que Victor Hugo enseña á su hija inocente, parecido en su susurro al primer gorgo del ave, al cáliz entreabierto de la violeta, á la estrella de la tarde en el desierto cielo, á la campanada del Ave-María en la alta torre de la iglesia. El cántico de Lamartine á Dios, reúne las sublimes ideas de Platon á la forma concisa de Isaías. Pero ¿á qué extenderme? Si los siglos tuvieran su valle de Josafat, como los individuos, bastarian estas obras sublimes para que muchas faltas le fueran perdonadas á nuestro siglo y pudiera recojerse y asentarse á la diestra del Eterno.

Señores: si abrazáramos de una ojeada los dos extremos de la historia, veríamos claramente cómo todos los esfuerzos del género humano se han reducido á pasar de la esclavitud, en que primeramente le avasallara la naturaleza, á la plena y entera libertad que le procura la ciencia. Esclavo en el mundo material de fuerzas fatales que no puede modificar,

encuentra el primer grado de su emancipacion progresiva en la sociedad, cuyas leyes, aunque existan necesariamente, si no pueden ser destruidas pueden ser modificadas por nuestra voluntad y nuestra inteligencia. Pero este grado de libertad no basta al hombre, y entra en el arte, donde la naturaleza sirve de símbolo á la idea, y llega á la religion y á la ciencia, donde alcanza hasta lo infinito, hasta lo absoluto, por medio, ora de la fé, ora de la razon. Si quereis, negadle otros atributos al siglo; pero no le negueis que es el siglo de la ciencia. Conozco que los tesoros científicos allegados por otras edades sirven mucho á la edad presente, bien al revés del arte en que son eminentemente individuales así la inspiracion como el ingenio. Pero no dudeis que ciertos progresos bastan á engrandecer y sublimar á nuestra edad. Los telescopios, que llegan á quince leguas de la luna, los reflectores que corrigen las impurezas del cristal, han abrillantado y engrandecido las regiones sidéreas. La unidad de la materia se ha visto, descomponiendo hasta la última nebulosa, en las rayas del espectro solar. La teoría de la unidad de las fuerzas ha mostrado cómo se enlazan la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo y el movimiento. La química ha encontrado el alma del fuego como el alma del agua. Se ha revelado la identidad de los metales en el sol y en la tierra, parecida á la identidad de la nube lejana, que flota en la atmósfera, con la lágrima de dolor que rueda por nuestra mejilla. Si á otro siglo le ha tocado mostrar la gravitacion universal y la armonía entre los astros, hále tocado al nuestro mostrar las afinidades entre las moléculas y su cohesion misteriosa en los cuerpos. La historia de la tierra es la obra casi exclusiva de nuestra edad. Las clasificaciones nuevas de las ciencias naturales tambien nos pertenecen por completo. Hemos encontrado las leyes, á que obedecen desde el hisopo hasta el cedro, y por el estudio de las hojas hemos deducido la série sistemática y armónica de todas las plantas. No digamos nada del conocimiento de la tierra y de sus especies animadas.

Cuán sublimes las historias de nuestros viajeros, movidos solamente por amor á la ciencia, sin auxilio de ningun Estado, exentos de toda codicia, como puros misioneros, recorriendo lo interior del África y explorando las ignoradas fuentes del Nilo. Cuán reveladoras las nociones de los tiempos prehistóricos y de las edades de piedra y de hierro. Así desde el Trópico al Polo, nunca fué como hoy escudriñado el planeta. Y lo mismo sucede con el hombre. Desde la fisiología hasta la psicología; desde la relacion que existe entre el arpa de nuestros nervios y la electricidad difusa por la atmósfera; desde la descomposicion de la luz en sus colores fundamentales hasta la descomposicion del pensamiento en sensaciones, nociones é ideas; desde la asimilacion de las moléculas por el cuerpo hasta la asimilacion de las creencias por el alma; desde el poder que tiene el medio ambiente en nuestra complexion fisiológica hasta el poder que tiene la raza y la patria en nuestra complexion moral; desde la fisica hasta la metafisica; desde la estética hasta la historia; desde la química orgánica hasta la geología; desde la clasificacion de los séres hasta la clasificacion de los sistemas; toda esta série maravillosa de conocimientos ha exclarecido los abismos encerrados en el alma y en el Universo, iluminando al hombre que vé la idea de las cosas y que las eleva á lo infinito y las enlaza con lo absoluto y con lo eterno. Jamás tuvieron, pues, tantos materiales, ni la poesía lírica y dramática ni las artes plásticas. La misma metafisica ¡qué crecimiento ha obtenido! Ni Aristóteles supo señalar las diferencias que hay entre la sensibilidad y la inteligencia, entre la inteligencia y la razon, entre la razon y el juicio, como la escuela crítica; ni Platon alcanzó la virtud creadora de las ideas y la realidad objetiva de la lógica, como la ha alcanzado la escuela hegeliana. Es verdad que las ciencias experimentales han pretendido invadir los dominios de las ciencias especulativas; pero tambien es verdad que nunca adelantó de la suerte que hoy ha adelantado el problema de los problemas, explicado ántes por sistemas tan fantásticos como la armonía

preestablecida ó el mediador práctico, el problema de las relaciones entre el alma y el cuerpo, entre el agente que conoce y el objeto conocido. Nunca se vió tan clara la compenetración estrecha entre la idea y el sér. Nunca se comprendió tan verdaderamente que los hechos no caminan al acaso sino dirigidos por el pensamiento. La historia de la filosofía ha resultado, como anunciaba el más grande pensador moderno, la historia universal. La lógica creció al par que la mecánica; la metafísica al par que la física; el conocimiento de la naturaleza orgánica al par que el conocimiento de las facultades del alma; la geología, al par que la historia; la fisiología de las plantas, de los animales y de los hombres, al par de la fisiología de las instituciones, de las leyes y de los códigos; la vida entera, y bajo todos sus aspectos el inmenso y divino Universo. El árbol de la ciencia sube más allá de las constelaciones del cielo, y ahonda en las profundidades del espíritu: que si el Universo material es como una condensación del éther, el Universo científico es como una condensación del pensamiento. Pero no olvidemos, señores, no lo olvidemos, como suele suceder con frecuencia, que así como no hay combustión posible sin oxígeno, tampoco hay ciencia posible sin libertad. O la ciencia no es nada, ó la ciencia es la verdad alcanzada por las fuerzas de la razón. Si blasfema quien arranca del sentimiento la fé, blasfema quien arranca de la ciencia la soberanía de la razón. No hay acción moral sin libre albedrío; no hay idea científica sin libre investigación. Ninguna autoridad coercitiva puede, aunque funda el cetro de todos los reyes y la espada de todos los conquistadores, cosa alguna, ni contra la razón, ni sobre la razón. Nuestro siglo es el siglo de la difusión de la ciencia, porque nuestro siglo es el siglo de la libertad del pensamiento. Oigo murmurar en mi oído estas palabras: por lo mismo que es el siglo de la ciencia, no puede ser el siglo de la poesía. ¿Cómo? En todo tiempo han caminado juntas por la tierra estas dos hijas del cielo. En el mismo siglo nacieron Sófocles y Sócrates; Cicerón y Virgilio; Santo Tomás y el Dante; Garcilaso y

Arias Montano; Pereira y Cervantes; Pascal y Racine; Shakespeare y Bacon; Kant y Goethe; Hegel y Victor Hugo. Por lo ménos, dirán otros, la ciencia moderna destruye la idea de Dios, y destruyendo la idea de Dios, ciega la fuente de toda poesía. No lo creais, señores, no lo creais. Cada grande sentimiento, que mueve el corazon, lo impulsa al amor divino; cada idea que ilumina la inteligencia, la acerca á lo absoluto; cada estrella que columbramos en lo infinito, añade como una nueva letra al nombre incomunicable del Creador. En la aurora y en el ocaso, en el estruendo de las tempestades y en la música de las brisas, en el mar surcado por estelas fosforescentes y en el cielo lleno de astros, Dios mio, la sensibilidad te adivina como creador; en el inmenso rio de los hechos, en la escena cambiante de la historia, en esas tragedias que todos los siglos repiten y en ese combate perdurable entre el bien y el mal, la intuicion te presiente como providencia; en la ley moral, en la virtud, en la caridad, en el amor, en el misionero que desafía los elementos por llevar almas á la luz, en la hermana de la caridad que aparece sobre los campos de batalla, el corazon te ama como bondad suprema; en el arte, en los acordes de la lira, en las líneas de los monumentos, en las reverberaciones de la inspiracion, la fantasia te contempla como la eterna belleza; en los altares, bajo la bóveda de los templos, á través de las plegarias y las nubes de incienso, la fé te adora; y en la ciencia la razon te conoce; y el alma entera desea vivir y morir en tus inmensos senos.

Nuestro siglo tiene su ideal. Y como tiene su ideal, tiene tambien su altísima poesía. Cada género poético nace en la edad que verdaderamente le cuadra y conviene. La poesía épica es la poesía de la fé. Por tal razon, no reaparece en el mundo antiguo, despues del siglo quinto anterior á Cristo; ni en el mundo moderno, despues del siglo décimo-tercio posterior á Cristo. La poesía dramática es la poesía de la accion. Por tal motivo florece en Grecia trás las primeras guerras médicas; en España, trás las primeras conquistas america-



nas; en Inglaterra, tras las primeras competencias religiosas; en Francia, desde las revoluciones de la Fronda hasta los últimos días del reinado de Luis XIV. Y la poesía lírica, personalísima por excelencia, es la poesía de la libertad, la poesía de nuestro siglo, el cual en este género puede competir con todas las edades y aún superarlas y vencerlas. ¡Poco poético el siglo décimo-nono! Sólo subiendo á los tiempos medios, á las luchas que se empeñaban allá en aquellas universidades llamadas por antonomasia escolásticas, entre nominalistas y realistas, hallaránse sentimientos tan fervorosos como los que despertaban aquí los combates entre clásicos y románticos. En Francia los clásicos sustentaban las antiguas tradiciones y los románticos la innovacion revolucionaria; en Alemania, al revés, los románticos pugnaban por la reaccion y los clásicos por la libertad; pero en uno y otro pueblo, el empeño mútuo y el mútuo contraste crecian hasta tomar las peripecias de una guerra épica, en que las ideas pugnaban unas con otras, como las legiones invisibles de gé-nios y de ángeles en las antiguas teogonías. Nuestro siglo ha merecido llamarse el siglo de oro en la poesía germánica. Nuestro siglo ha visto nacer dos literaturas hermosísimas; en el extremo Norte de Europa la moscovita, que se envanece con los nombres de Pouckine, Gogol y Lermontoff; en el extremo Norte de América, la anglo-sajona, que se envanece con los nombres de Poe, de Emerson y de Longfellov. Nosotros mismos, en aquellas apartadas tierras, eternamente españolas por su historia, por su lengua, por su religion, hasta por su democracia, hemos oido á cantores como Bello que han aumentado, si cabe, la belleza de la lengua; como Caro, que han enardecido el amor á la libertad; como Heredia y como Plácido, que han derramado en nuestra fantasía la vida exhuberante de los Trópicos. En el Oriente europeo, la resurreccion de pueblos, antes dormidos y acallados en su servidumbre, ha hecho surgir una poesía popular, tan tierna y tan bella, como esas ramas brotadas en añosos y cuasi secos troncos. El Norte entero ha brillado, á la manera de

una de esas noches del Polo que relumbran al reflejo de las rojas áuroras boreales en el cristalino Océano de apretado hielo. Una iglesia escandinava, la catedral de Land, ha presenciado un espectáculo como aquellos que nos ofreció el Renacimiento italiano desde el Petrarca hasta el Tasso, la coronación del gran poeta nacional de Dinamarca por las manos mismas de sus vencidos y eclipsados rivales. Y al igual de Dinamarca, su hermana de sangre y de raza, Suecia, ha visto nacer su poeta popular en este siglo, poeta cuya lira ha cantado desde la primera comunión de los niños en las iglesias de la aldea, hasta los combates de los héroes escandinavos en sus antiguas guerras. Y si nos acercamos al centro de Europa, veremos que la poesía nacional húngara ha tenido para engrandecer su historia antigua el poeta épico Yorosmarty, como para alentarse en los combates de la libertad su poeta lírico Poetefi, muerto en las batallas por la patria, el año cuarenta y ocho, de tan misteriosa suerte, que no ha reaparecido su cadáver, como si el génio de nuestro tiempo hubiera querido llevárselo en alma y cuerpo á la inmortalidad y á la gloria. Más ¿á qué cansarnos? Pese á quien pese, no puede llamarse decadente una literatura que cuenta en Italia á Leopardi y á Manzoni, en Francia á Lamartine y á Victor Hugo, en Inglaterra á Dickens, en Portugal á Herculano, en España nombres que no escribiré por no herir la modestia de los que los llevan con tanta honra y con tan perdurable renombre los legarán á lo porvenir y á la historia. El siglo décimo-nono es un siglo poético. Por nuestras ruinas se oyen himnos tan cadenciosos como si habitara eternamente en ellas el tierno sentimiento de Garcilaso y la enérgica sublimidad de Calderon; por esa Francia, de suyo recta y un tanto fría, centellea sublime ingenio, que á las hipérboles de Góngora junta la homérica sencillez del Romancero; celeste legion de laureados vates se alza sobre los bajos relieves de Italia; resuenan las orillas del Rhin con esas baladas, armoniosas como las ondas del rio é indecisas como las gasas de sus nieblas; en las nieves de las regiones

polares gorgean nidos de ruiseñores que muestran la poesía, como el espíritu humano, habitando en todos los pueblos y extendiéndose por todas las latitudes. Las ondas del Danubio cantan como las ondas del Rhin; las crestas del Rhodopo repiten los acentos de la guerra y los acentos de la epopeya; los soldados sérvios corren á pelear contra los turcos, despues de oir al rapsoda mantenido por la caridad pública, como en los tiempos antiguos, el romance en que se cantan los sacrificios de sus padres en Kossovo, el Guadalete ó el Alarcos de Oriente; las inmensas llanuras de Hungría y de Rumania se pueblan á los conjuros del arte con las sombras de los héroes históricos; y mientras las selvas vírgenes del Nuevo-Mundo, henchidas de aromas embriagadoras, elevan la poesía de la esperanza, alimentada por la vida exuberante y por los ardores del trabajo, en el vasto cementerio donde nacieron los poetas y los dioses, en aquellas soledades de Grecia, exhaustas por el exceso mismo de su gloria, en el Pindo, en el Hibla, en las Termópilas se canta el heroismo, como en los tiempos de Leonidas, y se combate y se muere por la libertad y por la patria.

No acabára nunca, si dijera cuántas grandezas poéticas, dignas de equipararse con sus grandezas industriales, encierra este siglo nuestro, rico y vasto como el mar, que contiene algas y esponjas, corales y perlas, detritus de organismos destruidos y gelatinas donde se encierra el gérmen de nuevos organismos. Así el empeño de cuantos aman á la pátria con amor desinteresado y puro, debe ser bañarla en las aguas fortificantes del espíritu moderno, que robustecen y purifican, dando libertad al pensamiento, salud y energía al cuerpo. ¡Oh! para crecer las naciones necesitan servir á las ideas. ¿Y qué idea superior á las fundamentales y características de este nuestro tiempo? Acerquemos á ellas nuestra gran nacion. España no puede dolerse de la parte que, en la distribucion de sus dones, hánle de consuno reservado la Providencia y la Naturaleza. La estrella de la tarde, la esposa del sol, guarecida por sus cordilleras, besada de dos mares

que la ciñen á porfia con sus ondas y con sus espumas, abierta por sus amigas playas y sus seguros puertos á todas las naves del mundo; tan verde, tan húmeda, tan blanda, como Escocia, en sus provincias del Norte, y tan ardiente, tan bella, tan luminosa, como Italia, en sus provincias del Mediodía; idilio helvético su Noroeste, donde las altas montañas compiten con las serenas rias, juntándose los picachos y los valles, los nidos de los ruiseñores y los nidos de las águilas; epopeya semítica el Sudeste, con sus arenales que el simoun abrasa y sus oasis que el azahar perfuma; paleta de mil colores sus costas mediterráneas, de arenas rojas y áuras esmaltadas por aguas celestes, de llanuras ceñidas por montañas que tiran á color de záfiro y por asiáticos palmerales bordadas y griegas adelfas; fecundo el suelo, como pocos, en toda especie de frutos y rico el subsuelo, como ninguno, en toda especie de minerales; cercana al África, cuyos vientos, si encienden sobremanera sus veranos, tambien dulcifican sus inviernos; unida á América por esa cadena de islas, que empieza en Gades y concluye en Cuba, pasando por aquellas felices que debieron guardar la Atlántida de Platon; nuestra tierra reúne en Europa todos los productos y todos los climas europeos, como en el cuerpo reúne el cerebro todas las raíces de la vida; y por tanto, eterna su grandeza, recobrará el antiguo influjo, eclipsado, pero no anochecido, y vendrá á traer en la futura historia la reconciliacion á todas las razas, y vendrá á ser en los futuros tiempos la mediadora universal entre todos los continentes.

No conozco escuela de virtud como el hogar; ni conozco hogar como el hogar español, que parezca al igual nido y templo; ni familia como la familia española, que acierte en tanto grado á unir el amor más efusivo con el respeto más supersticioso. Bien es verdad que lo han formado y lo han bendecido nuestras mujeres, no tan de admirar y de querer por su hermosura incomparable, como por sus virtudes y calidades de amantísimas esposas y pródigas y santas madres. Así el ideal podrá desaparecer de todas las conciencias,

pero siempre quedará en la conciencia española; el arte podrá enmudecer en todos horizontes pero siempre cantará en nuestros caldeados horizontes; la vida dramática podrá destruirse bajo los cilindros de la industria en toda Europa y no se destruirá en la tierra nativa del drama; la fè dejará de latir en todos los pechos, cuando todavía engendre aquí legiones de héroes y de mártires poseidos de la sed del sacrificio y enamorados rendidamente de la muerte. Así habrá siempre un arte español de inextinguible gloria, en armonía con nuestro íntimo natural y nuestro carácter histórico. No me habéis de esas sábias combinaciones músicas, con que el talento matemático de los artistas del Norte concuerda tantos tonos discordes y combina tan bien instrumentos diversos en sus maravillosas sinfonías; hijo de mi pátria y de mi raza, con los oídos organizados como el heleno antiguo y el moderno semita, solamente alcanzo á comprender la melodía, monótona y uniforme si quereis, semejante al sonido del aire en los desiertos, al eco de las ondas en las playas, á los trenos del profeta en Jerusàlen y á los acentos de la guzla en la tienda; sí, la melodía llamada malagueña, polo, playera, saeta, que canta las tristezas y los deliquios de un amor inefable, el cual cree corta la vida para su duracion, estrecho el universo á su grandeza, y desea en el dolor engendrado por el combate entre el sentimiento y su expresión, explayarse allá en los espacios necesarios á su intensidad inmortal, allende la tumba, en lo infinito y en lo eterno. Y no me digais que se sabe bailar casta y noblemente allí donde no baila el pueblo al son de esa jota, que enardece la sangre y dá el vértigo de los rápidos y contenidos movimientos; al son de esa muñeira y de ese zortcico que recoge los ecos de la zampona en las majadas y en los oteros como ninguna otra égloga; al son de esa guitarra, acompañada por las palmas y las castañuelas, que despierta á la andaluza de su natural soñarrera, y la lanza sobre la mesa, en que campean las cañas rebosantes de manzanilla y jerez, á bailar, echada hácia atrás la cabeza, alzados los brazos al cielo, extáticos

los negros ojos que abrasan, lijeros los breves piés como el aire, á bailar, uno de esos jaleos, á cuyas cadencias y estremecimientos suspenden allá arriba, de celos y de envidia aquejadas, sus parabólicas y eternas danzas las estrellas.

Y lo que digo del baile y de la música, digo también de nuestras artes plásticas. Enseñadme espacio del planeta donde se combinen el bizantino con el sirio como aquí en España; y entre las ruinas romanas se vean los ajimeces asiáticos; y al través de la ojiva que recuerda las cruzadas el arco de heradura que recuerda á los Califas; y junto á las torres bermejas y sus estancias de estalactitas empapadas en mil colores se alcen las agujas góticas exhalando religiosas plegarias; y el Oriente unido con el Occidente produzca nada tan original como los edificios mudejares; y la ornamentación sobrepuesta á las líneas cuasi helénicas de aquel haya dado cosa que se parezca ni de léjos á nuestro plateresco; y desde las iglesias románicas de Astúrias, donde los cinceles rudos apenas bastan las piedras groseras á los patios árabes de Sevilla, donde al través del alicatado y de la alharaca, se vé y se oye el surtidor cayendo en la alberca de mármol, recorra la imaginación una arquitectura, más vária y más hermosa en sus opuestas manifestaciones, que esta arquitectura española, verdadero ornato de nuestro territorio, esculpido y cincelado por todas las artes á porfía como uno de aquellos áureos escudos, obras predilectas del deslumbrador Renacimiento. Y hemos poblado la majestad de tales edificios con las estatuas de Montañes, de Caano, de Zarcillo; y hemos cincelado sus paredes con las guirnaldas que tegian sobre las piedras los buriles de Berruguete y de Borgoña.

Más, en el género en que ostentamos originalidad tal que nadie puede disputárnosla con derecho, es en la pintura. Nuestro natural independiente nos ha preservado de las imitaciones artificiosas y nuestro sentido de la realidad nos ha impedido caer en lo convencional y amanerado. Nosotros competimos en belleza con Florencia y Roma, en verdad

con Holanda y Alemania, en color con Florencia y Flandes, en idealismo con Asis y Pisa, aventajando quizá á todos por la nativa y diversa genialidad de nuestros pintores, tan rebeldes á las tiranías de la escuela, como nuestros mismos inmortales dramáticos. ¿Sabeis de alguna decadencia duradera en ese divino arte español? Cuando el saco de Roma dispersó á los discípulos de Rafael y la muerte de la república florentina hirió en el corazón á Buonarroti, en aquel comienzo de la noche, la hermosura perfecta renació, no por los palacios de Mantua, donde Julio Romano, desposeído de su númen tutelar, tocaba en lo hipérbico y en lo extravagante, sino por las iglesias de Valencia, donde surgían de la paleta de Juan de Juanes aquellos Salvadores descendidos del Tabor á sus tablas, despidiendo luz espiritual como la que pudieran soñar los místicos en sus delirios, y encerrados en líneas como las que pudieran trazar los escultores clásicos en los bajos relieves antiguos. Cuando la imitación servil, los procedimientos arbitrarios, la mezcla de escuelas opuestas, la falta de fé en el helenismo y en el cristianismo, en la religión de la hermosura y en la religión de la verdad, creó la sincrética escuela de Bolonia, herida por irremediable decadencia, como todos los géneros híbridos, salieron de nuestros talleres en tropel aquellos opuestos caballeros y lujosas damas de Sanchez Coello, en cuyas frentes resplandecían las señales de la gloria nacional y en cuyos labios sonaban los versos de Lope y de Herrera; aquellos ginetes y sus caballos dando al vienteillo arrebolado del Guadarrama crines, plumas y bandas con tal arte, que las sentís crujir en vuestro oído; aquellos cíclopes presos en sus cavernas, cuyos desnudos han robado á la naturaleza los secretos de la encarnación y del organismo; aquellos bufones, tan grotescos y ridículos, como caballeros y gentileshombres los vencedores de Breda, capaces de recoger los trofeos de la victoria sin humillar la dignidad de los vencidos; todas aquellas figuras, reproducciones milagrosas de la realidad misma sobrepajada por el arte, respirando en atmósfera tan verda-

dera y luminosa que os entrariais por los cuadros á recoger en vuestra retina los cambiantes de la luz y en vuestros pulmones los soplos del aire; y sobre este universo de tantas formas y de tantos matices, como el cielo estrellado sobre la tierra vívida, en nubes enrojecidas por las reverberaciones del sol sobre las aguas del Guadalquivir, entre coros de arcángeles y serafines que llueven rosas y agitan palmas, calzada por la luna, vestida del immaculado candor y envuelta en el cerúleo manto, á los piés la culebra del mal herida y en las sienes los resplandores de la luz increada, estáticos los ojos como embebidos en la gloria y alzado el pecho como para recoger y respirar la palabra creadora; vá la vírgen de Murillo, como divino arquetipo, en cuyo casto seno renace la hermosura sin sombras del paraíso y recobra la mísera humanidad ya sin pecado su primitiva é immaculada inocencia. La ecuacion establecida en nuestra pintura entre la naturalidad y la idealidad resulta de tal suerte íntima, que parece toda una estética en accion, superior, bajo mil aspectos, á un género especialísimo y concreto del arte. Y á la superioridad de esa estética atribuyo que ni la decadencia de la escuela bolonesa y napolitana imperantes en todo el siglo décimo-séptimo, ni la decadencia universal del siglo último, hayan podido contagiar á la escuela española. Así, mientras los pintores más eminentes, corrompidos y contagiados de pésimo gusto, á una se malogran por su falso colorido y su servidumbre convencional, aragonés egregio, dotado de la gracia y de la naturalidad celtibéricas, al par que de creadora fantasía, esboza en imperecederas aguas fuertes las ideas de su tiempo, indecisas como las sombras de su lápiz, y traza las figuras que pasan por su retina, abriendo á aquel pueblo, que á primera vista decaído emprendió la guerra de la independencia, los cielos del arte y los infiernos á la proterva córte que nos manchó con sus liviandades y nos vendió como un hato de ganado, por la codicia vil de un favorito, á la devastadora ambicion de un extranjero. No, no decae la pintura española, como no decae el ingenio nacional, que puede



hincharse unas veces, perderse en retruécanos otras, pero jamás extinguirse por completo.

Bien es verdad que nuestra poesía se parece á nuestra pintura en su originalidad, en su independendencia, en su menosprecio de las reglas convencionales, en su carácter romántico. Así tiene tres obras colosales: el Romancero, el primer poema épico de los tiempos modernos; el Quijote, la primera novela; y los dramas incomparables, que constituyen el primero sin duda alguna entre todos los teatros del mundo. Y no tenemos solamente aptitudes artísticas y poéticas, tenemos también, diga lo que quiera una crítica superficial, grandes aptitudes científicas, reveladas al mundo desde los comienzos mismos de nuestra inmortal historia. Principiaba el imperio romano, y la ciencia española constituía la moral práctica, cuyos preceptos se confundían casi con los preceptos evangélicos, por ser los días del espíritu á semejanza de esos días boreales, que ven los crepúsculos vespertinos y matutinos mezclarse en los mismos resplandores. Sucumbía la civilización latina, y entre las irrupciones alzábanse dos monumentos imperecederos, los dos nuestros, á saber, un código sintético, el Fuero Juzgo, y un libro enciclopédico, las etimologías de San Isidoro; por todo lo cual nos pertenece en dominio directo y absoluto la ciencia entera de aquellos perturbados tiempos. Y más tarde, entre las guerras del feudalismo, bajo los terrores milenarios, cubierto el mar de piratas y de bandidos la tierra, apagadas las pavesas de las ideas por la pesadumbre de las ruinas, la ciencia anoheciera sin las ciudades españolas, que levantaban sus academias entre las tinieblas y recogían la antorcha apagada en las manos de Atenas, de Alejandría y de Roma. Nuestros andaluces enseñaron á la entonces bárbara Europa la mecánica y la hidráulica; dieron al cálculo así la adelantada numeración india, que substituyó á la pobre numeración latina, como el álgebra que amplió la matemática; trocaron el sayal de penitencia pegado á las maceradas carnes monásticas por el limpio y fresco algodón; extendieron en el siglo noveno, en aquella oscuridad, la to-

pografía y la estadística; conocieron en el cielo ya las manchas del sol, tan instructivas para los estudios astronómicos, y en la tierra las clasificaciones mineralógicas y zoológicas y botánicas, tan necesarias á los progresos del saber; sacaron de las retortas, no la piedra filosofal en vano buscada, algo más precioso, las aplicaciones de la química á la medicina; manejaron el visturí con tal arte, que bien puede llamárseles sin exageracion los fundadores de la cirugía; pusieron los globos terrestres y las esferas armilares y los astrolabios y las clepsidras en las escuelas, y completaron los relojes añadiéndoles el péndulo, cuyas oscilaciones habian de notar más tarde las sinfonías de los mundos y las afinidades y los amores de la atraccion; construyeron los primeros observatorios astronómicos en torres tan gallardas como la Giralda bética, y revelaron la refraccion de la luz en nuestra atmósfera por medio de observaciones profundísimas; trajeron las bases de la óptica moderna, y siglos ántes de las experiencias de Torricelli, adivinaron la gravedad del aire y las diversas densidades de sus alturas; impulsaron no solamente la ciencia de las estrellas sinó tambien la ciencia de las ideas, esparciendo en Provenza, en Toscana, en Sicilia, en los templos del pensamiento, aquella filosofía, por cuyos cánones vivió y se amaestró la Edad Media. Las gentes de los más remotos climas vinieron á nuestras universidades; los astrónomos de las más várias naciones calcularon por las tablas alfonsinas y admitieron el meridiano de Toledo; una prosa sábia, en la cual se escribieron obras magnas como las Partidas, fijóse ántes que se fijaran la prosa italiana, francesa y británica; las ideas todas del siglo décimo-cuarto refluyeron á la mente de Lulio, cima á la sazon del mundo intelectual, cima que dá vértigos; ántes de Bacon llamaba Vives el entendimiento á la experiencia contra las abstracciones y arbitrariedades escolásticas; al par de Descartes buscaba Pereira las bases incommovibles de la certidumbre psicológica; precediendo á Harvey, descubria Servet la circulacion de la sangre, casi al mismo tiempo que nuestros navegantes completaban la vida

planetaria con sus invenciones de continentes y archipiélagos, las cuales evocaban nuevos edenés, nuevos hemisferios, nuevos astros, nuevas constelaciones, en los inmensos espacios del cielo y florescencia universal en los profundos senos de la tierra.

A estos admirables timbres aún reuniremos otros mayores el día que pongamos todas nuestras virtudes á servicio de lo único, que puede avivar hoy el ánimo de las naciones, á servicio del espíritu moderno. Como alternan los vientos ardentísimos y frios en nuestras estaciones; como resaltan las sombras y la luz en nuestros horizontes; de igual suerte suelen sucederse cambios en nuestros destinos y tránsitos de edades procelosas y tristes á edades afortunadas y serenas. Más amigos del combate que del trabajo; más confiados en los favores de la fortuna que en las acumulaciones del ahorro; difíciles á los rigores de la disciplina social y fáciles á los llamamientos de las aventuras fabulosas con tal que las cohoneste y las justifique el valor; poco previsores en los negocios públicos y en los particulares; apasionados y entusiastas por extremo; creyentes, y como tales, si inaccesibles á la duda, nada duchos en el exámen prolijo de las ideas y de las cosas; á cambio de esto, reunimos aptitudes cual ningún otro pueblo; reunimos á la vehemencia la constancia; á la viveza del sentimiento la energía de la voluntad; á las más profundas convicciones respecto de la fundamental igualdad humana los puntos de honor congénitos con nuestra altivez y dignidad nativas; á los instintos democráticos los instintos caballerescos; á la independencia personal afecto devotísimo por la pátria; á la lucidez de la inteligencia, tan extensa como perspícua, el brillo de la fantasía, tan poderosa como fecunda; á la intuición soberana el carácter reflexivo; á los arrebatos y á los impulsos, la resistencia, el menosprecio por los intereses de un día, la inclinación al sacrificio: al ardor de la sangre meridional la frugalidad más austera; á cierta complexión de penitentes, y á un orgullo que no mide los obstáculos, como en el esplendor de nuestra

atmósfera luminosa apenas pueden medirse las distancias, y á un idealismo tan ethéreo que mantiene nuestra aptitud para todo, hasta en medio de todas las decadencias, incontrastables aspiraciones á lo extraordinario, aunque raye en lo imposible y necesidades continuas del drama, hasta en la vida vulgar y del esfuerzo aunque sea en la guerra: calidades, las cuales, en medio de los adelantos de su industria y de su política y de sus riquezas, exigirá y necesitará Europa algun día para enardecer en el sentimiento su corazón algo aterido y caldear su razón, sobrado positiva, en las virtudes que suscita la fé y que conservan el entusiasmo y el amor, esos generadores de todas las sublimes y duraderas grandezas.

Así España ha cansado á la historia. Ni la captó el cartagines, sinó despues de haber salvado su honor en las llamas de Sagunto; ni la venció el romano sinó despues de un combate que durára centurias, cuando dos batallas bastaban para descorazonar á los heróicos galos que subieran al Capitolio y mesaran las barbas de los senadores, y un paseo para sojuzgar á los pictos y á los britanos. Nuestros fuertes cántabros preferían el suicidio, en las amargas ondas, á testificar con su terrible presencia, en la via-sacra, el cautiverio y la derrota; y nuestros cultos andaluces vencían á los vencedores del orbe, dándoles sus primeros Césares, sus primeros filósofos, sus primeros dramáticos y sus primeros épicos. Sintética como nuestra tierra, nuestra raza unió ántes que ninguna otra, los resíduos de la cultura latina con la sangre de la gente goda y la severa idealidad católica con los sensuales estros del Oriente. Cada provincia escribió una epopeya: si Cantabria detuvo á los romanos, Astúrias á los árabes, Galicia á los normandos, Navarra á los francos; y las gentes que bajaban del Pirineo calzadas con toscas abarcas, y los mercaderes que anudaban el comercio moderno en Barcelona, dilatáronse con el Ebro, por cuyas frescas riberas combatían y trabajaban, dilatáronse por el Mediterráneo y sometieron mil regiones célebres por su vieja historia, mientras las gentes de

Andalucía y Extremadura se dilataron por el Océano y dieron á la tierra nuevos mundos. El planeta entero guarda por todas partes testimonios, como del fuego creador, del géneo español. Sin desconocer nuestras deplorables empresas contra gran parte de los progresos modernos; sin olvidar la guerra insensata declarada por nosotros á la más necesaria de todas las libertades, á la libertad de conciencia; maldiciendo y abominando, con toda nuestra alma, de la inquisicion y del absolutismo, capaces de agotar fuerzas tan gigantes como las fuerzas de nuestra raza, debemos decir que, á pesar de tales errores, dejamos en todas partes testimonio de nuestra nativa grandeza. No podeis ir á la cuna del sol sin hallar la estela de las naves lusitanas, ni al ocaso del sol sin encontrar la estela de las naves españolas; pues sin exageracion puede decirse que la península ibérica ha redondeado el planeta y ceñídolo, como de un zodiaco indeleble, con la guirnalda de sus hazañas y de sus glorias. Los árboles de la India asiática murmuran las estancias de Camoens y las ondas del cabo de las Tormentas el nombre de Gama; los fuertes legionarios que acampan á las orillas del Danubio por las llanuras de Rumania, aquellos legionarios de Trajano, cuyos férreos pechos opusieron como vivas murallas tanta resistencia á las irrupciones bárbaras, consagran religioso culto á su pátria, Sevilla, y suspiran por el Guadalquivir, el rio de sus padres; la hermosa Grecia no puede olvidar que, en la Edad Media, supimos defenderla contra sus enemigos con las huestes catalanas y aragonesas, mientras en la Edad Moderna despertarla al combate por su independencia con la voz tonante de nuestras revoluciones; la prestigiosa Constantinopla sabe que la espada de los guerreros españoles flameó sobre sus cúpulas y detuvo por un siglo la media luna ante la cruz de Constantino, y las misteriosas Anatolia y Armenia ostentan las barras grabadas en sus riscos por el buril inmortal de la victoria; dice la isla que oyó el pensamiento de Pitágoras y y el cántico de Teócrito, como vivió feliz y libre bajo nuestro techo cinco siglos, y

cuenta la sirena del Tirreno, la helénica Partenophe, en sus playas resonantes, como le dimos la salud con los trabajos hercúleos que disecaron sus pestilentes lagunas y la libertad con las batallas sangrientas que destruyeron á los tiranos angevinos; por los muelles de Venecia se ven á la luz del cielo, reverberado por las aguas del Adriático, en los brillantísimos cuadros, donde cruje la seda y brilla el tisú, entre los patricios republicanos, á los héroes de Lepanto y por las anchas y marmóreas escaleras del palacio de Andrea Doria, en Génova, tan española por su carácter como por sus recuerdos, al través de las florestas, las velas y los gallardetes de nuestras escuadras; Tunez, Trípoli, Orán, Argel, guardan memoria de nuestro esfuerzo, como Tánger, Ceuta, Tetuan, blasones de nuestras coronas; el mundo americano murmura que los españoles tuvieron la revelacion de su ignorada existencia y exploraron rios como el Amazonas y el Missisipi, y subieron á cordilleras como los Andes, y confiaron por vez primera el nombre de su Criador á las selvas, cuyos árboles parecian pertenecer á los primeros dias de la creacion, y fundaron esos coros de ciudades extendido desde la Carolina y la Virginia hasta Chile y el Perú; las aguas del Pacífico publican que la nave Victoria surcó por vez primera sus senos; que el estrecho de Magallanes en la tierra y la cruz de Magallanes en el cielo, designan y califican eternamente el hemisferio austral; que nuestras manos, las manos de los portugueses y de los españoles unidas de India á India, redondearon el planeta y que nuestros pilotos dieron por vez primera la vuelta al mundo y circunnavegaron los mares; hazañas las cuales despiertan este amor exaltado á la patria, esta furia en defenderla contra toda agresion, de tal suerte sublime y heróica, que do quier se combate por el hogar y la familia, por los dioses lares y la independencianacional, los griegos en Misolhongui, los rusos en Moscou, los polacos en Varsovia, los franceses en Paris, los venecianos entre las bombas austriacas, los búlgaros bajo el turco alfanje pronuncian como un númen el nombre de España,

y se evoca como un talisman la sombra de Zaragoza y de Gerona, para alentar á los héroes en sus terribles combates y consolar á los mártires en sus cruentos sacrificios.

Pero sobre todas nuestras creaciones se levanta la creacion por excelencia del ingenio español, se levanta nuestra lengua. De varias y entrelazadas raices; de múltiples y acordes sonidos; de onomatopeyas tan músicas que abren el sentir á la adivinacion de las palabras ántes de saberlas; dulce como la melodía más suave y retumbante como el trueno más atronador; enfática, hasta el punto de que sólo en ella puede hablarse dignamente de las cosas sobrenaturales y familiar hasta el punto de que ninguna otra le ha sacado ventaja en lo gracioso y en lo picaresco; tan proporcionada en la distribucion de las vocales y de las consonantes, que no há menester ni los ahuecamientos de voz exigidos por ciertos pueblos del Mediodía ni los redobles de pronunciacion exigidos á los lábios y á los dientes del Norte; libre en su sintaxis, de tantas combinaciones que cada autor puede procurarse un estilo propio y original sin daño del conjunto; única en su formacion, pues sobre el fondo latino y las ramificaciones celtas é iberas ha puesto el germano alguna de sus voces, el griego alguno de sus esmaltes y el hebreo y el árabe tales alicatados y guirnaldas que la hacen sin duda alguna, la lengua más propia, tanto para lo natural como para lo religioso, la lengua que más se presta á los varios tonos y matices de la elocuencia moderna, la lengua que posee mayor copia de palabras con que responder á la copia de las ideas; verbo de un espíritu, que si ha resplandecido en lo pasado, resplandecerá con luz más clara en lo porvenir, puesto que no sólo tendrá este territorio y estas nuestras gentes, sinó allende los mares, territorios vastísimos y pueblos libres é independientes, unidos con nosotros así por las afinidades de la sangre y de la raza, como por las más íntimas y más espirituales del habla y del pensamiento, cuya virtud nos obligaria ciertamente á continuar en el Viejo y en el Nuevo mundo una historia nueva, digna de la antigua y gloriosi-

sima historia. Señores académicos, creedlo, no puede ejercerse ministerio más patriótico que el ministerio de velar por la pureza de nuestra lengua. Cuanto más vivimos, señores, más nos penetramos de que la sociedad y la naturaleza componen sus armonías de sus contradicciones. Como se necesitan la atracción y la repulsión en los mundos, el flujo y el reflujo en los mares; como se necesitan fuerzas que produzcan lo general, las especies, y fuerzas que produzcan lo particular, los individuos; como se necesitan y se completan la unidad y la variedad en el arte, necesitanse y complétanse las instituciones indispensables á la conservación y las instituciones indispensables al adelanto de las sociedades humanas. Nosotros, como academia, somos instituto de conservación y de estabilidad. Dejemos á la espontaneidad de los individuos y á las genialidades de la inspiración personal todas las innovaciones y reduzcámonos en cuerpo á conservar incólume un habla que puede admitir el progreso moderno sin perder su natural antiguo. Hubo un tiempo en que estragada por la servil imitación francesa, parecía condenada nuestra lengua á perder la libertad de su sintaxis y la propiedad de su analogía, trocándose de rica y majestuosa, por olvido y desuso de sus mejores voces y giros, en tosca y pobre. Mas nuestros días blasonan con justicia de un renacimiento en el culto á la lengua nacional y de una sujeción voluntaria al estudio de sus eternos modelos. Demos, pues, nosotros todas nuestras fuerzas al propósito de despertar y mantener estas buenas inclinaciones, que sacando al habla de los altos y bajos por que acaba de pasar, la pongan allá en las cumbres de la buena andanza. Divididos por nuestras creencias políticas y nuestras creencias científicas; afiliados bien ó mal de nuestro grado, en bandos irreconciliables la mayor parte de nosotros; con nuestros agravios y nuestras heridas, cosecha natural de revoluciones y guerras civiles sin cuento, aún abrigamos afectos, en los cuales pueden confluír todas las vidas, entenderse todas las inteligencias, juntarse todos los corazones; aún conservamos algo que nos acerca



y nos identifica, como si tuviéramos una sola alma. Todo cuanto hemos querido y todo cuanto hemos respetado en el mundo, pertenece á esta nuestra tierra. De su jugo es la sangre que corre por las venas, de su polvo la cal que compone los huesos, de su luz el celeste resplandor que llevamos en la frente; no podríamos vivir nuestra vida lejos de sus hogares, que han recogido las lágrimas de nuestras santas madres y el suspiro de nuestros primeros amores, y no podríamos dormir el sueño de la muerte fuera de sus sepulturas, que guardando los huesos de nuestros progenitores, guardan las raíces del propio organismo; para pensar necesitamos de su lengua, y para cantar y para rezar, para esplayarnos en lo infinito, huyendo de las limitaciones de esta vida contingente, sus poesías y sus plegarias; alimentamos nuestros cuerpos con los frutos de sus campos y nuestras almas con las tradiciones de su historia; por consiguiente, prometamos y juremos que nunca nos parecerá costoso ningun sacrificio hecho en aras de su grandeza, y que nunca podrá separarnos ningun suceso del comun sentimiento que á todos nos confunde en uno solo sobre este suelo sagrado, del eterno amor á nuestra pátria. He dicho.

CONTESTACION

DEL

S. R. D. FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS

SEÑORES ACADÉMICOS:

El orador sin igual en el siglo de los grandes oradores, trae hoy á la Academia Española un precioso fruto de su privilegiado ingenio, para representar las excelencias del siglo diez y nueve, el más rico y glorioso de la historia moderna.

Campean en las narraciones y descripciones tan altas prendas, que no es de extrañar el vivísimo contento, que ha causado su lectura en el ilustrado auditorio. No podía tampoco esperarse otra cualidad más alta en el Sr. Castelar, que esta originalidad de sus conceptos, esta majestad y abundancia de su frase y de su estilo, que descubren los más peregrinos secretos del habla castellana en el vasto campo de sus excelencias gramaticales y léxicas, en la eufonía y el ritmo prosódico, que enaltecen en la historia las hermosuras de la lengua española.

Maestro en el decir es el nuevo académico y al contestarle comparto el goce general, porque me viene á la memoria el dulce recuerdo de una vida de hermanos, que ya desde la adolescencia, me permitió adivinar sería gloria de la pátria, por su elocuencia y grandiosa fantasía, el que corona hoy sus merecimientos literarios con este discurso.

Pero deseoso de ampliarle con hechos vários de interés histórico y estético, me permito recordar las agitaciones y dolores de las generaciones, que llenan la historia del siglo, y

advertir que estas zozobras é inquietudes de la vida moderna han sido cantadas por el arte, en toda la variedad de la poesía, nacida en el seno de las generaciones atormentadas en su vida azarosa por guerras inacabables y por torturas revolucionarias. ¿Cómo olvidar en este siglo, que la belleza, la poesía, el arte en una palabra, han sido fuerzas divinas, que una ley providencial derramaba á manos llenas en el alma de las edades contemporáneas? El cielo de la belleza, el resplandor de la poesía, las creaciones de la fantasía estética, han sido, á manera de consuelos, esperanzas, inspiraciones y enternecimientos de una existencia, ya próspera, ya adversa, que se extiende en los campos de la historia, hasta muy pasada la primera mitad del siglo diez y nueve. ¿Qué período existe más atormentado por guerras crudísimas, que este que vá desde 1793 hasta las revoluciones de 1830, que mudaron una y otra vez las condiciones de la existencia en Europa? ¿Qué mundos de ilusiones y quimeras sociales han exaltado tanto los entusiasmos, como el período revolucionario de 1830 á 1848? Desde las epopeyas napoleónicas, con que se abre el siglo, hasta la caída del gigante, no hubo en Europa más que guerras, que pasaron como mangas de fuego y de huracanes, guerras desde París á Rusia, desde Italia á las regiones del Norte, desde España á Suecia y Dinamarca.

Por ley suprema y divina, la poesía y el arte crecían en influencia en cada día revolucionario. Las razas y los pueblos de la Europa central, pedían á la oda, al himno, y á la leyenda, alusiones y fuerzas para luchar en vida tan agitada. Nunca cesó esta benéfica influencia del arte en la primera mitad del siglo, y aún se perpetuó en las conspiraciones y rebeliones de los pueblos germánicos y eslavos en años posteriores. No hay lenguas ni razas que originen diferencias en esta devoción de lo bello. Se acude por los ingenios á las inspiraciones del arte griego y del arte romano, se traen las tradiciones indias que la erudición moderna habia difundido por Europa y sus escuelas; vuelven las leyendas del Norte á

enardecer las fantasías germánicas y bien pronto los dictados de clásicos y románticos pasan como nube de verano, y son desdeñadas todas las reglas de los retóricos, dándose majestad y libertad también revolucionarias, á las altas inspiraciones del génio europeo.

No hay oposicion por parte de los vates privilegiados á esta universalidad del arte y de la poesia. Ni Schelley, el gran poeta, que escribió lúgubrementé bajo el peso de la revolucion francesa de 1793, dejó en dias más tranquilos de embelesar con seductoras muestras de su ingenio, con imitaciones felicísimas de lo antiguo y con la gracia y donoso estilo de sus endechas, ni el gran Byron, encanta menos con sus sonetos, que con sus imitaciones de la poesia popular italiana ó sus atrevimientos y su desenvoltura; ni Heine al través de su ingenio galo-germánico, niega las excelencias del arte como inspirador universal de la conciencia humana.

En otra esfera, Schiller, poeta de prudente fantasía y de grave estudio en sus argumentos, ó Goethe, que acogía las representaciones de Mefistófeles y en los últimos momentos del *Fausto* llegaba á la iniciacion celeste, llevado por la virtud de Margarita, tampoco podian suscitar negaciones á la inspiracion de su tiempo, libre, universal y rica en memorias de todas las edades, por lazos cariñosos, debidos al génio de todas las razas y de todas las creencias.

Ningun artista verdadero desconoce desde entonces la universalidad del arte; todos pagan tributos al gusto de las edades estéticas del mundo pasado. Nadie aconseja serviles imitaciones de la belleza natural, sinó que siente la necesidad de la libre reproduccion de la hermosura, y el campo, el horizonte del arte son infinitos en este siglo, inspirando siempre luz y vigor á las nacionalidades asediadas por la guerra, sin separarse de las gloriosas tradiciones, rasgos y altezas de las edades pasadas, en la India, Grecia, Roma y las tumultuosas horas de la Edad Media. Todo ello en su natural creacion poética se ha reproducido en el siglo, de que somos hijos.

Es muy cierto que la actividad artística libre, que he re-

cordado, toca en la vida toda, y agita los periodos diversos de la historia del siglo, en su modo de ser político y social, para mantener las condiciones del génio, que es órgano de esta misma libertad de la belleza y del arte; pero no lo es ménos que estas cualidades de la vida histórica, amplian sin medida la actividad y la influencia del arte moderno, con libertad absoluta y que este, desde la tradicion primera de los pueblos arios, ha reverenciado lo antiguo, uniéndolo con vínculo estrecho á lo futuro, como si antiguos y modernos se dieran la mano en una mística adoracion del puro sentir de estos últimos tiempos, cuya filiacion está en la reverencia á las inspiraciones pasadas y á la espontaneidad, que brota de la vida real; múltiples fuentes, de que se desatan raudales de veneracion y de entusiasmo por el ideal de la belleza. Por eso todo renacimiento no expresa en el comun sentir, sinó una pura remembranza de la poesía muerta, pero al mismo tiempo difunde concepciones originales, dotando de desconocidas hermosuras la vida moderna.

Todas estas fuentes son fuentes y fuerzas para el arte moderno. Nunca falta templo, nunca falta sacerdote para esta maravillosa transformacion estética de Europa, y el arte creciendo siempre, endulza las costumbres, dando divino vínculo á las múltiples escuelas, géneros poéticos y contradictorios entusiasmos, que llenan la historia del siglo.

Es el arte en los dias que corren una evocacion continua y permanente de la poesía profética y de los psalmos, de los himnos homéricos y de la Iliada, de la Odisea, y de Sóphocles, de Píndaro, y de las leyendas *célticas* de Islandia y de la Cambria, de todo lo cantado y lo sentido, en una palabra, mediante cuya evocacion la idea realizada en forma sensible por el arte, abre sus puertas á la intimidad, que engendra el ideal en el fondo purísimo de la contemplacion de todos los pueblos y de todas las edades. Crece sin medida este ideal durante el siglo, que le señala una órbita de emociones, que combinan su modo de ser y le dan fuerzas para nuevas empresas literarias y poéticas, y sirven á lo que

podríamos llamar religion de la belleza, desde el himno celta, resucitado por M. de Villamarqué, hasta las últimas estrofas de Víctor Hugo.

Decia bien el ilustre orador. El arte del siglo no se agota, no se agotará en las ideas del siglo.

Hay abiertos manantiales de perenne belleza, que abrazan los impulsos de todas las fantasías, que buscan con brío la forma esplendente del génio, y cuando la alcanzan en intuicion sublime, la irradian con la fuerza del sol en la educacion humana, y la enlazan con estrecho vínculo á las libertades de la educacion artística. Vivos están los ideales desde la epopeya napoleónica; con fervor palpita el espíritu de Europa, y las razas eslavas, croatas, búlgaras y servias, y aún las lejanas de las estepas rusas, se conmueven, segun nos refiere Scevireff (1) al juzgar los ciclos de la poesía épica y de la poesía popular, desde los dias de Pedro el Grande hasta los reinados últimos, cada vez más dados á las letras.

El arte del siglo encuentra siempre inspiraciones donde quiera que fija la mirada, y donde quiera que hay entusiasmos y bellezas, campea como una luz divina de inextinguible blancura.

No hay que dudarlo. El arte vivifica la fantasía de las razas y de los pueblos; resucita las leyendas y memorias de todas las edades; viste con galas los recuerdos de la poesía popular; entona bélicos cantares cuando la patria peligra y siempre se agita y dá nueva vida á la fatigada conciencia de Europa. Todo, todo lo enlaza el arte, que es universal y recoje la representacion sensible del ideal absoluto, que unido á las ambiciones del siglo, sirve para vestir con sus espléndidos adornos la leyenda nacional.

La belleza ensancha hoy sus apariciones; palpitan las musas de todas las edades, formando amenísimo coro y encantan las últimas idealidades de la conciencia artística y las mas escondidas esencias de la fantasía estética. El arte no falta en

---

(1) Firenze.—1862.

estas evoluciones de la *idea* desde los primeros tiempos de la literatura moderna. ¿Por qué es universal tambien esta inspiracion del arte moderno? ¿Por qué se confunden los himnos homéricos, y las profecías semíticas, reproduciendo la hermosura grandiosa de las artes orientales? ¿Por qué el arte en mil sectas de gnósticos y neo-platónicos, en los grandes doctores del platonismo, encuentra incesantes llamamientos al *ideal* por la intervencion de una inspiracion religiosa? Porque el arte ha vestido en el siglo moderno todas las bellezas de los siglos pasados, y las ha cantado gracias al enardecimiento que produce la consideracion de las ideas celestes y eternas. ¿No es el arte, en su esencia, resplandor divino, que mueve y dirige el arrobamiento de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, en los momentos supremos de la inspiracion cristiana de nuestra historia española? ¿Cómo imaginar sin estos ideales *La vida es sueño*, *El condenado por desconfiado*, *Los nombres de Cristo* ó *Las Moradas* de la mística doctora?

Buen ejemplo fué en otros tiempos el romancero castellano de esta hermandad del ideal y de la leyenda, para advertir la vitalidad del arte popular, que despues sirve á los entretenimientos de los poetas ó engalana las civilizaciones posteriores, demostrando el acierto de Tommaseo cuando decia: «Nazione che non há poesia storica, ne poetiche tradizioni» viventi, nella moltitudine é nazione morta», cuya frase nunca podrá aplicarse á España.

Y si de estas esferas de la poesia popular antigua pasamos á más altas esferas contemporáneas veremos al arte, más ó ménos espontáneo, con una primorosa confusion de todos los géneros antiguos y modernos, eruditos y populares, mantener vivo el ardor en la fantasía colectiva de las muchedumbres y, desde la trivial, pero graciosa cancion, hasta el cuento candoroso ó enamorado, desde el dieterio político, hasta el epigrama, recoger siempre las impresiones de la musa popular, con igual cariño que la altísima inspiracion del cantor del poema ó de la elegía, del himno ó de la oda. Sin estos oficios del arte, que expresan las múltiples formas del ideal sensible en



la vida feliz ó desdichada, callarian las voces y se perderian los ingenios en una apatía y oscuridad tristísimas, mientras que basta en cambio una sensible aparicion del arte en la fantasía ó en el sentimiento de las naciones, para que se avive el fondo último del espíritu y emprenda éste el vuelo en busca del ideal que ha resplandecido. Nada mueve de manera más humana y ardiente las esencias del alma, como la aparicion del ideal realizado, del arte que trasparenta lo divino.

El arte vive en todas las esferas del espíritu del hombre; el arte agita el espíritu humano, porque escitada la mente del poeta, no sigue ya otro vuelo que el raudo de las apariciones del *ideal*, que ostenta en formas sensibles la belleza. El arte penetra lo creado con una palpitation misteriosa, que tiende y atrae el *ideal* perfecto de esa misma belleza; porque la contemplacion de ella es un altísimo perfeccionamiento para el espíritu humano, y un perfeccionamiento del alma es siempre una adquisicion gloriosa, porque levanta la inspiracion, aviva la energía y mueve al ánimo á empresas más altas y desconocidas.

El arte es el heraldo del ideal, y en alas del genio vuela y busca y se afana en pos de lo eterno, que es su premio. Los bardos, los profetas y los juglares de épocas vivas ó muertas, sienten enamoramientos prodigiosos, que hermocean la existencia y la exaltan en múltiples relaciones de géneros y de formas.

Decia bien el nuevo académico. «El arte no se agota ni se agotará en el mundo.» Es puro hijo del espíritu y mueve las adormecidas esencias del alma, porque en cada una de esas esencias, hay raudales de hermosuras que en todas las esferas de la actividad estética encuentran su forma y despues santifican la existencia con la poesía y sirven de eco á la vida presente con el arte.

Es este, prodigio que no conocieron las edades pasadas, como no conocieron la confusion de los géneros poéticos y la composicion libérrima, para dar con el secreto de que el poeta abraza todo lo real, servido por la epopeya, y

por la belleza cómica, ó por la mezcla de la ironía con el aplauso.

En vano la retórica y la enseñanza de modelos dignos de ser examinados con detenimiento, condenaron las exigencias del arte; en vano señaló la crítica los tipos y los modelos á que debían ajustarse los poetas; en vano los maestros Batteux, La Harpe y Boileau encarecieron la imitación de lo clásico; la vida del siglo, tocada por el arte, desatendió todas aquellas enseñanzas, como rompió la división de clásicos y románticos, que entretuvo á la crítica desde 1820 á 1848, sin dejar más que el famoso prólogo de Victor Hugo, como recuerdo de la empresa. La libertad del arte triunfó; su universalidad extinguió aquella servil imitación del arte griego y romano; aparecieron las mil formas de la Edad Media en Italia, y en Alemania; se amalgamaron en admirable confusión los géneros poéticos, y los vientos de la tempestad, propia del siglo fundieron ó rechazaron todas las escuelas y todos los preceptos de los libros literarios de Aristóteles.

No es solo en las razas latinas y germánicas de que habla el Sr. Castelar donde se significa la universalidad del arte en la literatura moderna. Allá en la Escandinavia, Isaías Tegner, nacido en los primeros años del siglo, y que se educó entre el griego y el latin, señalaba á Dios, á la naturaleza y al hombre como perennes fuentes de belleza, enalteciendo la epopeya napoleónica, sobre todo en la muerte del héroe del siglo, con acentos dignos de Shakspeare, á la vez que pasaba indistintamente á las mitologías griegas y latinas, y Freya, la diosa del amor, iba por los campos de batalla para guardar las almas de los guerreros, que morían con gloria, acomodando así á los tiempos que corrían las tradiciones drúidicas. El renacimiento griego de la mitología griega, se unía á la pintura agreste de aquellas costas, combatidas por las tempestades y los volcanes, y revestía sus obras de un aspecto tan original, que en ellas se dibujan con portentosa variedad, lo sublime y lo sencillo, lo delicado, lo espléndido y lo misterioso.

Jamás hubo popularidad como la de Tegner. Recorred la Suecia, entrad en los círculos aristocráticos y en las humildes aldeas, y siempre encontrareis un recuerdo de Tegner, un canto de Tegner, una estampa del viejo cantor. Es el poeta de la juventud y de la edad madura; es también el poeta de la vejez. Nadie lo lee que no quede pasmado. Fué profesor de estética y fué adorado por los oyentes. Aceptó las órdenes religiosas y entró en la iglesia de Suecia. El día de la consagración fué para él un santo delirio. «Las manos del »que me consagra, en un delirio extremo, hace que descien- »da el espíritu de Dios. ¡Adios, vanidad del siglo! Adios, lazos »de la tierra. ¡Tengo ya en mis manos las llaves del reino ce- »lestes! ¡Qué fresco es el viento del cielo! Escuchad; las pal- »meras del eden murmuran los dulces preceptos del Salva- »dor,» exclamaba el ilustre vate conmoviendo al público entero de la nación que le aplaudía.

No merece tampoco olvido otro portento literario, fecundísimo poeta que cultivó todos los géneros, viajando de continuo por Italia, Alemania y Francia, y fué gloria nacional de Dinamarca, Oehlenschläger. Nació en 1778, y estudió desde sus primeros años á Shakspeare y á Molière. En sus correrías trató á los más ilustres literatos. Como buen patriota volvió los ojos á los misterios del Edda, aglomerando en sus versos todas las hermosuras de las sagas dinamarquesas. Joven aún escribió el poema *Aladdin*, que popularizó su nombre en Alemania, y conoció á Madame Stael y á Chateaubriand, en tanto que con aplauso se representaban sus once tragedias en Copenhague. Era artista universal por la variedad de los asuntos, y recogió en sus cantos las tradiciones noruegas.

En Parma escribió la tragedia de *Hagbart y Signa*. Visitó después los Alpes y Suiza y no hubo género de poesía en que no obtuviera gran aplauso. Su fecundidad honraria á la fecundidad castellana. Imitó á Shakspeare en Julieta y Romeo; luchó con Goethe en la tragedia de *Corregio*; imitó á Esquilo en el *Prometeo desencadenado*, escribió la *Reina*

*Margarita* y muy entrado en años, el *Hamlet*, y despues el poema los *Dioses del Norte*, en que campean desplegando sus gigantes alas, lo fantástico y lo maravilloso. Sus odas *Al nacimiento de Cristo*, á *La muerte de Cristo*, *Al nacimiento de María*, y el *Evangelio del año*, dan cumplida expresion de sus talentos poéticos. En las composiciones místicas de sus últimos tiempos, daba gracias á Dios por haber creado su espíritu para el arte. Sus producciones confirman que en efecto, Dios lo habia creado para amar lo hermoso. La universalidad de inspiracion del gran poeta nacional de Dinamarca, presenta un vivo dechado de esta alianza y confusion de los géneros del arte moderno.

Y no es sólo en Dinamarca y en Suecia donde luce la poesía moderna con sus libertades en el campo de la inspiracion. En 1822 dió á la estampa Michiewicz *Grajina* y *Los Dziadi* (ó sea los Abuelos). La influencia alemana se hizo notar y Michiewicz poco despues espiaba en la cárcel su amor pátrio. Así se llega á 1830 y á la famosa insurreccion de Polonia. La poesía polaca se inspira en Byron é invocando la resignacion y el misticismo, vé en lontananza el grandioso porvenir de la nacionalidad polaca. Los numerosos poetas polacos están unidos, cuando se habla de la pátria esclava; pero cuando se trata del porvenir la unidad cesa. Los unos van al ultramortanismo, los otros, como *Slowachi*, preparan con sus cánticos la revolucion democrática de 1848; Shkrasintki duda de lo presente, y se contenta con cantar lo pasado; pero confia en los destinos providenciales de su pátria querida. Esta su pátria es el Hombre-nacion, reservado por Dios á designios misteriosos. Sólo hubo en el mundo dos pueblos predestinados, los hebreos y los polacos; Polonia es un *Cristo*, y hay un Mesías que ha sido precursor, *Napoleon*. Esta poesía místico-patriótica, ejerció una gran influencia por su fecundidad, y por la originalidad de su inspiracion, y por lo hermoso de su forma. Era tal el entusiasmo por la oda griega y latina, que dentro de aquellos moldes llevan á cabo la pintura

de sus pasiones con mayor viveza y con fantasía más apasionada los escritores revolucionarios.

La belleza se amplía en esta perpétua palpitation de Polonia y realiza el génio artístico nuevos ideales. ¿Por qué estas exaltaciones pasada la primera mitad del siglo? ¿Por qué tantos dolores, como agravian á esas razas y por qué van los cantos de las mismas razas, unidos á la antigua mitología, á los cantos de los bardos escandinavos, á las maravillosas poesías polacas, con nueva y vasta originalidad? Todo se debe á la actividad serena del arte, que celebra los más mínimos accidentes, sin imitacion de ninguna escuela; á que Byron deja en la historia, de la primera mitad del siglo una tendencia singular é independiente, por la riqueza y variedad de su fantasía libre y novelesca, y á que adoraron en Europa su nombre, que tuvo un fin glorioso en la insurreccion de Grecia. Pero no fueron los doctos ni los sábios los que revistieron de estos caractéres exaltados el primer tercio del siglo. Fué el arte el que abrió sendas libres; fué el arte, que en doctísimas asambleas, despues de la revolucion de 1848, inspiraba ideales inenarrables, debidos aún á la epopeya de Marengo y Austerlitz, y que desde 1848, ensanchaba sin medida los horizontes del ideal y creaba una existencia, que exalta el corazon de la Europa moderna en Francfort y en las demás naciones del mundo moderno en sus contiendas civiles y sus revoluciones incesantes. Hubo un instante en que Slovachi, representó el carácter trascendente del arte moderno con una representacion indisputable y suprema. Por eso cerró su famoso libro diciendo: *Accion y solo accion*; pero la carnicería de Galitzia y las matanzas de Zavinow, dieron á Slovachi un mentís cruel, y cuando la revolucion llegó á Posen, Slovachi partió de Posen, muriendo en 1849 en París, donde habia nacido.

Polonia por la insurreccion de 1863, adquirió gran celebridad en Europa; pero la literatura independiente guardó silencio y la catástrofe no mató ningun poeta.

La Europa central daba, aparte de Polonia, otra gran lec-

cion á la Europa germánica y á la rusa. Sus poetas y sus cantores, tenían viril resonancia y se hacian desde luego populares, al extremo de expresar la inspiracion de búlgaros y sérvios en sus guerras contra el Austria, infatuada por sus preeminencia imperiales.

Entonces resonó en el mundo la palabra eslavismo, y hubo en Italia y en Austria momentos de conmocion y de espanto. No era, sin embargo, el eslavismo, por entonces, otra cosa que una mera protesta histórica, que no dió resultado hasta la revolucion acaudillada por el ilustre Bem, ántes de la participacion de los rusos en la campaña memorable de Hungría.

Pero el ideal artistico brota de cualquier modo, en aquellas mismas agitaciones de la Europa central y en ella aparece despues de una vida errante (1842), Alejandro Poetefi, el gran poeta, el génio que en la revolucion húngara escribió el poema del «Héroe Juan», y la famosa cancion ó himno popular «Yo soy húngaro», que ha de recoger el porvenir como uno de los momentos más preciosos de esta embriaguez de libertades estéticas, que cansa á la par que engrandece el siglo XIX.

Nada queda olvidado. La misma Rusia tan agitada desde Pedro el Grande y Catalina, tiene á Veyazna, poeta lírico de este período (1816), cuyas odas patrióticas, son verdaderos modelos, y cuyas anacreónticas le hicieron adquirir gran fama. El romanticismo se defendió contra los clásicos, por Fontowsky, en la elegía á la *Tumba de los esclavos victoriosos*, y la lucha con los clásicos fué tenaz en Rusia, por este tiempo, segun recuerda la imitacion del gran Pousckine, que siguieron Lermontof, excelente novelista y el ilustre Gogol, si bien en éste último era notoria la influencia de Beranger.

Sin embargo, la literatura rusa reviste caracteres especiales desde Alejandro II, que dió la libertad á los numerosos siervos del imperio. Este noble acto iba acompañado de reformas administrativas y jurídicas; pero despues de la guerra de Crimea, una exaltacion inesperada recorrió los nérvios

del país. Siguen los años; los novelistas difunden un *realismo* pernicioso, que llevaba á la desesperacion y aparece un nuevo concepto, llamado el nihilismo, que por desgracia arraigó profundamente en la pátria rusa. El crecimiento del nihilismo fué popular muy luego, y no se ha borrado todavía de la memoria en la generacion contemporánea.

Separemos la vista de esta catástrofe, en que mueren las inspiraciones de la educacion, bajo las malas pasiones y á impulso de vergonzosos deseos, que todo lo destruyen y manchan en el órden social y político, al par que rompen los gérmenes de toda idealidad y de toda hermosura. Ni la belleza, ni la poesía, ni el arte, pueden esperar mejores tiempos por este descamino. Es un horrible abandono de toda ilustracion y de todo progreso legítimo, y no ofrece la historia nunca un cuadro tan repugnante.

¿Querrá la Providencia que sea ésta ráfaga de una tormenta social que anuncie un mejor porvenir á la vergonzosa situacion en que se encuentra hoy el imperio del Tsar?

Confiemos en que todas las negaciones pasan y todos los pueblos que padecen de fiebre suelen verse acometidos de crisis. La actividad artistica no corre desbocada y sin guia, aún en esta misma horrible expiacion de las servidumbres anteriores. De igual manera los cantores y los novelistas rusos que los vates de la Europa germánica; lo mismo Pousckine, viendo palpitar las negaciones en las entrañas sangrientas de la sociedad rusa, que Uhland, el bardo que llamaba *su amada* á la libertad y su *caballero* al derecho; con igual eficacia el autor nihilista, cuya inspiracion desgreñada busca en el no sér consuelo á las asperezas y desesperaciones de la vida, que Kerner ó Rückert, campeones de la lucha y soldados de la revolucion, ya engendrada en el abismo de los deseos, conspiran á la universal y grandiosa libertad del arte. Porque es verdad, como decia mi nuevo compañero y cariñoso amigo; es verdad que han crecido en nuestros dias la religion y la ciencia, y la naturaleza, y el Estado, y que han crecido con divina soberbia, como aquello que estuvo por

muchos siglos oprimido y al extenderse de repente se desborda sin compasion y sin cuidado, iluminando con relámpagos lo que debiera verse con luces naturales y sacudiendo y agitando con terremotos lo que ha de moverse en el porvenir con suaves y cadenciosos movimientos.

Será tal vez desventura nuestra, ó será nuestra gloria haber vivido en momento tan preñado de sucesos; pero obedece la explosion á una ley histórica, y así como el niño al despertar en la cuna, sólo y débil, coje los piés entre las manos y gira en rededor los asombrados ojos, la humanidad que es fuerte, cuando se alza del sueño, hunde los brazos en el pasado y lo levanta y lo remueve contra lo actual, como se levanta el cieno del fondo y se confunde con el agua transparente de la superficie, siempre que quieren purificarse los pantanos.

No he de ser yo quien, hecha memoria de los ilustres poetas que he citado, entre por los fértiles países en que ha recogido tan abundante cosecha de nombres y de glorias el señor Castelar. Si algo falta en el cuadro, que he ampliado, búsquelo en aplausos recientes la Academia, que el temor de ofender modestias respetables me veda discurrir sobre el crecimiento y los timbres de la poesía y de la elocuencia españolas, en lo que vá corrido del siglo que atravesamos; pero quiero hacer observar únicamente, y valga por lo que valiere, que estas grandezas del arte han de durar aún mucho en el mundo, porque van acompañadas de un movimiento incontrastable de libertad en los dominios de la ciencia estética, que hoy pretende aparecer ante el mundo como fin y corona de la ciencia universal.

El proceso histórico de las religiones orientales habia comenzado ya á considerar el arte como enlazado por secretos y poderosos vínculos á las ideas y revelaciones de lo divino, y no era posible, que rota esta edad de la historia y sustituida por los siglos griegos y romanos, en que fué la belleza para el espíritu de los hombres, como un Cristo, que mantenía las relaciones adorables con lo absoluto, se perdiera tan



serena y radiante tradicion en el período cristiano. Concepto indeterminado sin duda el de esta preminencia del arte sobre los demás fines humanos, habia de encontrar y encontró de hecho no poca oposicion en el severo primitivo espíritu del cristianismo. Sin embargo, las nobilísimas aspiraciones de la filosofía cristiana en San Agustín y los PP. Alejandrinos, en Santo Tomás y en Alberto el Magno, abrieron las fuentes de la inspiracion, y no atreviéndose á anticipar, como Solger más tarde, que el arte es hermano de la religion, lo hicieron servidor y auxiliar suyo en aquel siglo trece, único de la historia, en que el catolicismo ha sabido expresar de todos modos y sin reminiscencias paganas el ideal de la Iglesia.

Despues de Descartes y del P. Andrés en Francia, de Reid y de su escuela en las islas británicas, llega sin mayores adelantos la estética al siglo de Baumgarten y Kant, y comienza á ser considerada y organizada como ciencia independiente, y se estima que puede servir la filosofía del arte como preparacion á la filosofía general, porque nos muestra visiblemente la presencia de los ideales en la realizacion de la obra artistica.

En este momento comienza ya la estética á ponerse de acuerdo con las expansiones de los poetas y las necesidades de la historia, y muchas veces tambien á ser expresada y manifestada por poetas ilustres como Schelling y Juan Pablo. No es del caso la exposicion de las ideas de Schelling por demasiado conocidas, pero no quiero pasar por alto los nombres de Solger y de Vischer, que uno ántes y otro despues, son términos necesarios en la evolucion hegeliana de la estética, evolucion cuyo concepto capital preside el discurso, que habeis premiado con entusiasmo.

Pocos años adelantaba Solger á Vischer cuando éste demostró la relacion interna de lo sublime y lo cómico, pasando por todos los géneros; pero ya aquél se habia anticipado en buena parte de la tarea, advirtiéndolo que es lo sublime la belleza en potencia y que la estética habia de ser la última y

más acabada ciencia sintética, construida por el entendimiento humano.

Así precedidas y así continuadas las doctrinas de Hegel y de Krause, se hacen bien pronto dueñas de los ánimos, y en algunos conceptos capitales, influyen ó concuerdan los progresos de la estética italiana, desde Gioberti hasta Tarí y Cartolano (1), cuyas obras tocan las fechas más recientes y cuyos primeros estudios, no sin resabios platónicos, enaltecen la enseñanza expuesta en la segunda mitad del siglo que vivimos.

Pasó en gran parte la idea hegeliana, arrastrada por vientos algo más *realistas* que los de principios del siglo; vivieron en ese segundo momento los autores franceses. Escribió Lemcke su aplaudido y ya famoso libro de *Estética popular*, que no otra cosa es que una verdadera crítica del arte en general y de las artes particulares, y trajo un ilustre escritor á España con lo más selecto de los idealismos extranjeros. No os extrañe, señores académicos, que tenga siempre en memoria en estas ocasiones, el nombre de D. Isaac Nuñez Arenas. Sobre deberle mucho la cultura pátria, yo soy más deudor que nadie, y justo que la fecha presente, en que estrechamos el abrazo de bienvenida dos de sus más entusiastas discípulos, haga salir á mis lábios su nombre, como desborda en el corazón su recuerdo.

La cita de los nombres anteriores, á que sólo se oponen escasos escritores de segundo orden, acogidos al dogma criticista, deja un pensamiento unánime en la historia contemporánea. Lo bello es lo divino. La belleza es Dios, reflejada en el espíritu, en la naturaleza, y en el arte.

Esta afirmación era la que yo quería hacer valer ante vosotros, hoy que el pensamiento llega á tener tan poderosa influencia en las naciones; hoy que corren con tal facilidad los idealismos desde el cerebro del pensador extraviado á las

---

(1) Turin y Nápoles en 1863 y en 1875.

de las muchedumbres deslumbradas. Ved lo que ha hecho el arte sin incentivos estéticos de tanta grandeza como los presentes; ved lo que ha sido cuando las comunicaciones del mundo culto eran escasas, y sumad fechas, sumad nombres y reunid entusiasmos de los que abundan en el discurso del nuevo académico. Aún así no es dado concebir á nadie lo que podrá alcanzar, arrancando de tan altos principios y regado por tan puras corrientes, el arte de las generaciones que nos sigan en la historia del mundo.

¿Qué será en el porvenir el arte, enriquecido con la originalidad rusa, la húngara, la polaca, y los hechos singulares de los poetas escandinavos? ¿Cómo influirá en el ingenio y en la educacion de los poetas futuros? ¿Cómo recojerá el tejido de ideales, que la vida irá tomando para educacion y perfeccionamiento de los pueblos?

No es fácil la profecía; pero el noble impulso de los estéticos declara que está llamada la nueva ciencia á recoger y subyugar en un conocimiento superior la enciclopédia del siglo, y á explicar todos los misterios del saber metafísico y todos los idealismos de la poesía, y que en esta vasta esfera se moverá el *arte*, confundiendo la última y más grandiosa especulacion del saber, y educando la vida en una sucesion inenarrable de inspiraciones ideales, representadas en formas bellísimas, que demuestren la fusion de todas las formas de las artes en su maravilloso conjunto.

Para el arte futuro, y no para nosotros, queda reservado este prodigio de educar sanamente la fantasía artística en las nobles trasformaciones de un *ideal*, que cada vez con mayor aliento exprese en todas las esferas de la vida, la grandeza del génio y su santa influencia en esta elevacion al infinito, de que tomarán calor y luz las generaciones futuras.

Arrancando de este proceso, el arte no tendrá fin en la historia, y será siempre una aspiracion latente ó declarada, que al través de los ideales de la vida estética, ascienda á lo divino. Recogerá, como siempre, las inspiraciones de las edades pasadas; inspirará emociones santas; continuará siendo el

faro vivo de la humanidad, para la contemplacion de la belleza infinita, que tiene su centro en lo eterno, y enlazando estas sublimes creaciones, guiará al espíritu humano, y será iniciador de las edades abriendo con su libertad original y universal los cielos de una poesía inspirada en la contemplacion de las grandezas de la realidad toda.

Y esto es claro, Señores Académicos. No solo es claro, sino que es indiscutible. Si es el arte forma de lo *ideal*, es perdurable su cometido, y el imperio de la belleza y de lo sublime, le pertenecerán en toda la integridad del espíritu humano y en la majestad de la historia, que se refleje en esta peregrinacion, que no tiene fin hasta tocar en lo absoluto. Y voy á concluir. El gran orador, que me ha precedido en el uso de la palabra, acoje benévolutamente estos destinos del Arte, que han de trasformar aún, con la vida de la historia, las purísimas esferas á donde llega el amor de lo bello. Esta conformidad de juicios es para mí la más segura y firme garantía de que son ciertas y verdaderas esas glorias de la inspiracion iluminada del artista, que ennoblecen con su fuego el sagrado de la conciencia de la Humanidad, en lo pasado como en lo presente y en lo presente como en lo futuro.—  
HE DICHO.